

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO,
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



Tradiciones de Guatemala

Centro de Estudios Folklóricos



Universidad de San Carlos de Guatemala 51 - 1999

70.36
T075
51
c-1

Universidad de San Carlos de Guatemala
Centro de Estudios Folklóricos



Tradiciones de Guatemala
Revista No. 51

Guatemala 1999

ENSAYOS

**Aportes para la etnohistoria de la
ciudad de Guatemala:
vivencias en mi barrio de
la Recolección**

Francisco Rodríguez Rouanet

Introducción

Hay sucesos que se graban profundamente en las diferentes etapas de la vida de una persona. Eso me sucedió a mí. Mi vida ha transcurrido ininterrumpidamente en el antiguo barrio de la Recolección. Mi niñez, mi adolescencia, mi juventud y aún ahora, he ido acumulando hechos, sucesos, en los que yo participé o, por lo menos, pude presenciar muy de cerca, unos alegres, otros tristes o desagradables, aunque muchos de estos sucesos no se desarrollaron precisamente en nuestro barrio, pero que de alguna manera se relacionaron con él, puesto que, por así decirlo, mi "centro de operaciones" era y ha sido el área de la Recolección.

Cierto día, conversando con el Lic. Eduardo Díaz Reyna, me sugirió que escribiera sobre los cines de antaño, especialmente del antiguo Cine Variedades. Entonces se me ocurrió relatar cómo era la vida, no solo mía, sino de todos los patojos que crecieron en este barrio y que compartíamos las actividades de la vida nacional en esa época, las cuales fueron cambiando conforme la ciudad se fue modernizando en todo sentido.

Naturalmente habrá muchas cosas que, por pertenecer a una vida cotidiana, no le dimos la importancia que ahora podríamos darles, posiblemente porque los cambios sociales y económicos de Guatemala, salvo algunas excepciones, se

llevaron a cabo en forma insensible para nosotros, o sea que los tomábamos como una cosa natural y a los que también, insensiblemente, nosotros nos íbamos adaptando.

Sin embargo, he tratado de revivir lo que yo recuerdo partiendo aproximadamente de los años 30, o sea que cuando nuestro sistema de vida nos iba ampliando nuestro campo con nuevas amistades, una educación escolar reglamentada, etc. Es decir, que se nos estaba formando nuestro propio criterio de acuerdo con nuestra edad cronológica.

Es por eso que aquí presento lo que considero que fue lo más importante e impactante en nuestras vidas. En muchas cosas la memoria no me ayudó totalmente, por lo que he recurrido a la colaboración de mi esposa, así como de algunos amigos que me ayudaron a completar la información.

No pretendo que estos apuntes se den a conocer con amplitud, pues para muchas personas no tienen ninguna importancia por tratarse de cosas que no vivieron o porque son "viejas" sin importancia. Mi interés, entonces, es que mis descendientes y algunos amigos puedan enterarse cómo era la vida de Guatemala en esa época.

F.R.R.

Nueva Guatemala de la Asunción, junio de 1998



*Callejón del Colegio o de la Recolectión (2a. avenida "A").
(Fotografía F. Rodríguez R).*

El Barrio de la Recolectión

La iglesia de la Recolectión se encuentra situada al Nor-poniente de la ciudad, en la esquina de la 3a. Avenida y 3a. Calle de la zona 1, a unas cinco cuadras del parque central. Es un hermoso templo estilo neoclásico, orientado de Oriente a Poniente, con dos campanarios en el frente y una cúpula en la parte de atrás. Su interior es una sola nave con dos puertas: una al frente y otra lateral. Al lado derecho de la nave hay seis altares y a la izquierda solo cinco.

En su interior tiene dos cruceros: uno a la entrada y otro en el fondo. El primero, en la parte izquierda tiene un crucifijo conocido como Cristo de las Animas, a los pies del cual, en una urna, están las reliquias de San Celestino, y la pila bautismal. A la derecha se encuentran los cuadros de San Juan Bautista, de la Virgen del Sagrado Corazón, la del Beato Hermano Pedro, y la imagen de Sor Encarnación Rosal. Aquí se encuentra también la puerta que comunica la iglesia con la casa parroquial.

El crucero del fondo tiene hacia la izquierda las imágenes de Jesús del Consuelo, del Señor Sepultado, dos imágenes de la Virgen de Dolores, María Magdalena y San Juan, así como las imágenes pequeñas de la Virgen de Dolores, San Juan y la Magdalena. En el piso se encuentra la sepultura de Fray Miguel A. Murcia, a quien se debe en gran parte la restauración del templo, así como el auge que tomó la iglesia con las procesiones de Semana Santa. Hacia la derecha están las imágenes de San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y San Pedro de Alcántara. Al fondo de la nave, en el altar mayor, hay un Crucifijo y el Sagrario.

Tiene cinco campanas: tres de golpe y dos volteadoras que se describen así:

- I) La campana más grande mide en su interior 1.35 metros, 1.50 de vuelo, y el badajo tiene 60 centímetros de circunferencia. Tiene un letrero que dice: **Jesús, María y José. Fundida en Guatemala por Julio E. Vassaux e hijos. Año MDCCCLXXX.**

Esta campana tenía el privilegio de que el Viernes Santo a las 3 de la tarde sonaba tres veces y digo privilegio porque era la única en toda Guatemala que podía hacerlo. No se sabe por qué razón ya no lo hacen, pues actualmente solo se oye el ruido de la matraca.

- II) La campana siguiente mide 95 centímetros de fondo, 90 centímetros de vuelo y el badajo tiene 60 centímetros de circunferencia. El badajo de esta campana se rompió al caer cuando el terremoto de 1976 y no lo han soldado, por lo que permanece en una pared lateral del campanario. Tiene un letrero que dice: **Maryano López 1826. Fecit.**

- III) La más pequeña tiene 45 centímetros. de fondo. No se alcanzó a ver cuándo la fundieron, pero parece ser que es más reciente, pues tiene un letrero que dice: **Restaurada en 1953.**
- IV) La campana volteadora grande tiene 65 centímetros de fondo y el badajo tiene 45 centímetros. de circunferencia. La volteadora pequeña tiene 52 centímetros. de fondo y 65 centímetros de vuelo. El badajo tiene 35 centímetros. de circunferencia.

Este templo fue seriamente dañado, primero, por el Terremoto de 1917-18 tardando varios años para su restauración. Recuerdo que cuando éramos patojos y asistíamos a la escuela de aplicación de la Escuela Normal, la 2a. avenida se encontraba interrumpida por los escombros de los muros que cayeron de la iglesia, los cuales, para abrir de nuevo la calle hubo que dinamitarlos. Por el lado de la 3a. calle y la 3a. avenida, la plazoleta la cercaron con alambre espicado; después quitaron este alambre y pusieron una baranda de hierro con tres puertas de entrada: una por el lado de la 3a. avenida, otra en el tope del Callejón del Colegio, y la otra



*La Recolección antes de los terremotos de 1917-18.
(Fotografía cortesía de la Hermandad de Jesús del Consuelo).*

en la mera esquina. En la parte de adentro de esta baranda construyeron un asiento corrido de cemento. Años después quitaron esta baranda quedando la plazoleta como se encuentra actualmente, con arriates y grandes árboles.

El terremoto de 1976 volvió a destruir el templo, especialmente los campanarios y del centro hacia el frente. En la actualidad se encuentra totalmente reconstruido en su forma original y administrada por los padres franciscanos.

Su área abarca aproximadamente media manzana, incluyendo el templo, la casa parroquial hacia el norte, y el Liceo San Antonio hacia el poniente. Esta iglesia es la que le da el nombre al barrio a que me refiero en estos apuntes.

Uno de los barrios más antiguos de la capital es el de la Recolección.



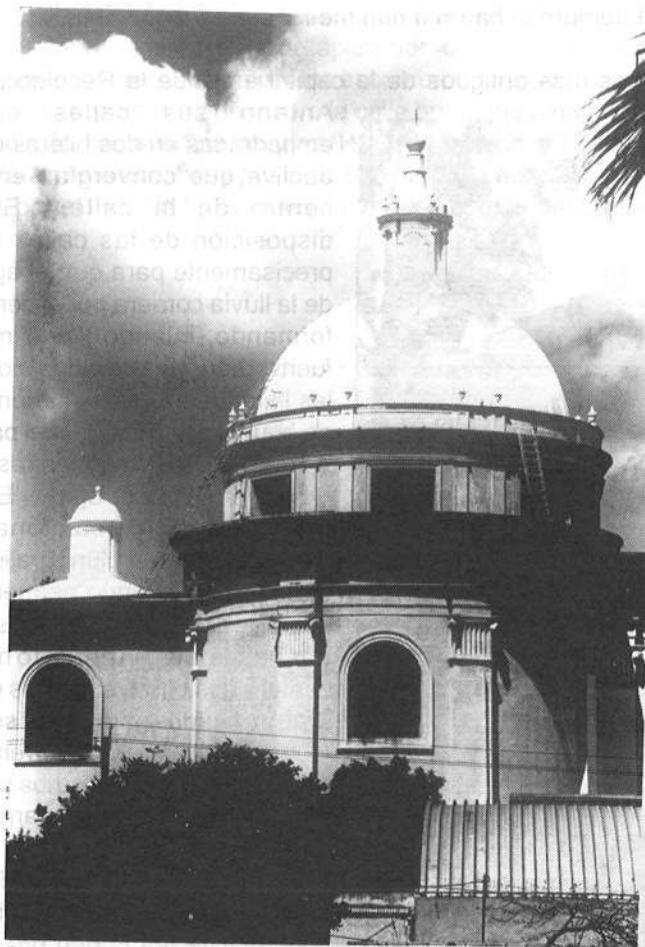
*La Recolección como se encuentra actualmente.
(Fotografía F. Rodríguez R).*

Antaño sus calles eran empedradas en dos hileras con declive que convergían en el centro de la calle. Esta disposición de las calles era precisamente para que el agua de la lluvia corriera por el centro formando, cuando llovía muy fuerte, grandes "avenidas" como les llamaban a estas corrientes de agua, lo cual impedía el paso de una acera a otra mientras no bajara el nivel del agua. Este problema lo solucionaba temporalmente la Municipalidad (Alcaldía) colocando pequeños puentes de madera divididos en tres partes: una en el centro horizontal y dos en los extremos que eran inclinados para poder subir y bajar. Uno de estos extremos podía doblarse hacia arriba para que pudieran pasar los carros.

Una de las "avenidas" más fuertes que se formaban con la lluvia era la que pasaba en la 3a. avenida Norte (actual zona 1), la cual se alimentaba

con las corrientes que bajaban por la 4a., 5a., 6a., 7a., 8a. y 9a. calles Poniente, y la que bajaba del callejón de "Maravillas" (4a. calle "A"), las cuales se unían a la que venía por la 3a. avenida de Sur a Norte.

Esta avenida llegaba a la esquina de la 3a. calle (esquina de la Recolectión), y cruzaba hacia el Oriente con gran fuerza, pues a veces el agua subía hasta las casas sobrepasando las aceras. Esta corriente llegaba hasta la 10a. avenida y se



Capulula de la iglesia
(Fotografía Luis Antinio Rodríguez T).

dirigía hacia el Norte, para perderse en el barranco de "Corona", llamado así porque posiblemente era el apellido de los dueños de una finca con un potrero muy grande donde había crianza de ganado vacuno y es por eso que se le conocía como el "Potrero de Corona". Más o menos en 1944, esta finca se lotificó formándose lo que ahora son el "Barrio Moderno" y "Ciudad Nueva", en cuyos barrancos desaguaban las corrientes de invierno.

Una anécdota:
Esta avenida arrastraba todo lo que encontraba a su paso. En cierta oportunidad vi

pasar un gato medio ahogado. Al cabo del tiempo comentábamos con una amiga este suceso y ella empezó a reírse y me contó que una tía suya tenía un canario y el gato, en un descuido, se lo comió. La señora indignada, tomó al gato y lo lanzó a la avenida. Pasaron los días y de repente, el gato todo escualido, apareció en un negocio de carnicería que ella tenía en la 6a. calle frente al mercado central. Ella, al ver el estado del gato, le dio lástima y lo regresó a su casa.



Callejón del Colegio o de la Recolectión (2a. avenida "A").
(Fotografía F. Rodríguez R).

Los Juegos

Como dije antes, las principales calles eran empedradas, pero había lugares donde la piedra había desaparecido como sucedía en El Callejón de la Cruz (3a. avenida "A") y El Callejón del Colegio (2a. avenida "A"), dejando solo la tierra. Esta situación permitía que los muchachos, adolescentes y niños de ambos sexos, y algunos adultos, tuvieran lugar para jugar, salvo en el invierno pues se formaba mucho lodo, pero aun así, como la calle era muy dispereja, quedaban lugares un poco en alto que permitían practicar algunos juegos.

Como el tráfico era bastante escaso, no había mayor dificultad o peligro para jugar. Sin embargo, no faltaban algunos vecinos que no les gustaba y vivían

quejándose, al extremo que llamaban a la policía, especialmente cuando jugábamos pelota. Eventualmente aparecía un agente de la policía para retirarnos, entonces nos entrábamos a las casas, o huíamos por las esquinas, pero en cuanto se iba el policía volvíamos a seguir jugando. Ya considerábamos como parte de la diversión huir de los policías, pues lo mismo sucedía con el sacerdote de la Recolectión a quien no le gustaba que jugáramos en el atrio porque decía que arruinábamos los árboles.

Los juegos más populares en nuestra época y que ahora casi no se ven, eran:

Los cincos. Los "cincos" o "canicas" eran de vidrio o de mármol (a estos se les conocía como "**coyolas**"). Con estos "cincos" se jugaba:

Tres hoyitos, que consistía en abrir tres pequeños hoyitos en fila y quienes participaban, cada uno trataba de desplazar al ó los contrincantes con golpes de los mismos "cincos" hasta quedarse como propietario de los hoyos. A cada golpe de un "cinco" contra otro le llamaban "quemón".

Cinco hoyitos. En este caso eran cinco hoyitos, cuatro formando un cuadro y uno en el centro. Se jugaba de la misma forma del anterior.

La Tortuga. Cada jugador participaba con dos "cincos". se dibujaba en la tierra una tortuga con una línea en medio y cada uno colocaba un cinco en la línea central. A cierta distancia se trazaba una raya en donde cada uno de los jugadores, según orden de sorteo, lanzaba su "cinco" tratando de quedar lo más cerca posible de la tortuga. El juego consistía en sacar, con "quemones", los "cincos" que estaban dentro de la tortuga y el que lograba hacerlo quedaba como propietario del "cinco" desplazado. Cuando se terminaban los "cincos", se reanudaba el juego colocando otros.

Cómix. Este juego consistía en trazar dos círculos concéntricos en la tierra: uno como de 50 centímetros de diámetro y otro más grande como de un metro 50 centímetros, aunque estas medidas no eran exactas, pues eran trazadas al gusto, es decir, más pequeñas o más grandes. En el centro había un hoyito que era el llamado "cómix". Los jugadores se colocaban alrededor del círculo grande desde donde lanzaban el cinco para introducirlo en el hoyito central, pero regularmente quedaban dentro del círculo pequeño, donde cada uno de los jugadores trataba de defender el espacio para poder apropiarse del hoyito, desplazando con "quemón" a los otros cincos, cuyos dueños debían iniciar el tiro desde el círculo grande. Quien quedaba dentro del círculo pequeño y propietario del agujero era el ganador.

Hay que agregar que en algunos juegos de cincos al tirador se le permitía medir una cuarta para acercarse al cinco más cercano o al hoyo seleccionado. Por esa razón apareció el dicho "**una cuarta y al hoyo**".

Otros juegos que se practicaban eran:

El Trompo. Primero explicaré la forma como se hacía para bailar el trompo: los hombres lo bailaban "**al somatón**" que consistía en que el trompo ya enrollado se tomaba con la punta hacia arriba y se lanzaba con fuerza al suelo desde arriba y pasando la mano hacia abajo del brazo opuesto, pero moviendo la mano de manera que la punta quedara hacia abajo. En esta forma el trompo tardaba más tiempo bailando. Otra forma era "**al jalón**", cuando el trompo se tomaba con la punta hacia abajo y el tirón de la cuerda se hacía hacia arriba. Por último, especialmente las mujeres, lanzaban el trompo con la punta hacia abajo y con un movimiento pendular del brazo. Ya el trompo bailando en el suelo con un movimiento rápido de los dedos se subía a la palma de la mano donde seguía bailando para soltarlo en el momento que se deseara.

Una de las formas de jugar el trompo era con una moneda, con la cual se hacía una pequeña zanja en la tierra, la moneda se colocaba en el extremo de la **zanjita** dejando poco menos de la mitad al aire. Luego, el trompo bailando en la palma de la mano se dejaba caer sobre la moneda de tal manera que la punta la golpeará para que saltara hacia adelante. Cuando la aceleración del trompo lo permitía, se volvía a tomar y con la cabeza del trompo se golpeaba la moneda tratando de lanzarla más lejos, era lo que llamaban "**mazaso**". En esta forma se llevaba la moneda hasta una raya trazada a cierta distancia y el primero en llegar era el ganador.

También se jugaba lo que llamaban "**matado**" que consistía en sortear quién lanzaba primero y el segundo colocaba su trompo en el suelo. El "**tirador**" trataba de pegarle con la punta de su propio trompo al lanzarlo con el objeto de lastimar al otro. Había veces que hasta lo partía. En esta forma jugaban por turnos sin tiempo fijo.

Había unos trompos que no tenían la forma tradicional, sino eran más redondos a los que llamaban "**monas**". Los trompos eran hechos de cedro o **guachipilín**, siendo estos últimos los preferidos por ser más duros y más pesados. La punta del trompo podía ser de clavo o de tornillo con la diferencia de que a los primeros se les hundía fácilmente y quedaban inservibles. Tanto a los de clavo como a los de tornillo les cortaban la cabeza y les medio limaban la punta por lo que quien compraba un trompo tenía que alisarla restregándola en una piedra para quitarle las aristas que le hubieran quedado, para que en el momento en que

estaban bailando no lastimaran la palma de las manos; sin embargo, con el constante juego, en la palma de la mano se iban formando úlceras que al levantarse la piel causaban fuerte dolor.

El Capirucho. El juego del capirucho todavía se practica, solo que ahora es hecho en torno, con la boca grande y el palo recibidor es más grueso, prácticamente hecho en dos partes: una para sostener la cuerda, y la otra que es la que recibe el capirucho.

Cuando éramos patojos, el hilo que usaban las mujeres para coser, venía enrollado en carrizos de madera de varios tamaños. Los extremos de estos tenían una forma acampanada, unidos por una parte delgada. Un agujero atravesaba a lo largo el centro del carrizo. Estos carrizos nos servían para hacer nuestros capiruchos, pues con un "chaye" ampliábamos uno de los extremos hasta darle la forma completa de campana y con un grueso apropiado que era por donde se recibía o ensartaba al jugarlo. El otro extremo se recortaba un poco, y el agujero se tapaba con un pedazo de cuero delgado que regularmente se tomaba de la lengua de un zapato. Este cuero se aseguraba con clavos pequeños y el centro se perforaba para pasar por él un cordel que, en el extremo que quedaba adentro del capirucho, se le hacía un nudo y en el otro extremo se ponía un palito. Como el carrizo en sí era muy liviano no servía para darle vuelta como capirucho, por lo que se le pegaba un poco de cera negra o parafina.

Cada vez que el capirucho entraba en el palito le decíamos que estaba "ensartado" y para facilitar la "ensartada" se le untaba un poco de parafina en el lado de adentro para que el palito pudiera resbalar. Actualmente ya no se pueden fabricar capiruchos de este tipo, porque los carrizos en que vienen los hilos son de plástico, con formas especiales, que no permiten adaptarlo para este juego.

Con estos carrizos también hacíamos "tractorcitos." Con una hoja de afeitar o con una navaja se dentaban los dos extremos del carrizo. Luego, por el agujero se metía un hule que en uno de los extremos se ponía un trocito de madera y en el otro extremo un palito más largo que sobresalía una o dos pulgadas del carrizo. Con el palo largo se enrollaba el hule y cuando se ponía en el suelo el hule se iba desenrollando haciendo que caminara y como las ruedas estaban dentadas, con facilidad subían pequeñas cuestas y por esa razón y por lo lento que caminaban se les llamaba "tractorcitos".

La Barra. Este juego era muy parecido al béisbol, con tres bases y un home, con la diferencia que la pelota no se golpeaba con un bate, sino con la mano empuñada y los outs se hacían directamente en el home, salvo cuando se agarraba la pelota en el aire antes de que tocara el suelo. Asimismo, el número de jugadores por equipo no era fijo, pues podían jugar desde 3 o 4 por bando en adelante.

De este juego aparecieron dos equipos de béisbol, uno en el Callejón del Colegio que se llamaba "Victor" y en las viseras que eran de cartón hechas por nosotros mismos, se pegaba el logotipo de los cigarrillos Víctor. El otro equipo se formó en el Callejón de la Cruz y se llamaba "Mancha Brava". Los partidos se jugaban en el Llano del Cuadro que era un campo que había donde actualmente se ubica la sede de los Bomberos Municipales y el Servicio de Limpieza de la Municipalidad entre 2a. y 3a. avenidas y entre la primera calle de la zona 1 y la primera calle de la zona 2.

Las pelotas con que jugábamos las hacíamos nosotros deshilando calcetines que eran de algodón. En el centro le poníamos un "cinco" envuelto en papel para que el hilo no resbalara y cuando ya teníamos el tamaño deseado, les pasábamos varias puntadas con aguja e hilo corriente tratando de cubrir el mayor espacio para que la pelota no se deshilara con los golpes del palo (bate) o al arrastrarse en el suelo. A veces lográbamos jugar con pelotas de tenis. Por supuesto, las reglas del juego las imponíamos nosotros.

En el juego de barra también podían participar las "patojas", hermanas o amigas de nosotros, pero condicionadas a que si llegaba algún otro muchacho ellas tenían que salir del juego.

Tipaches. En nuestro tiempo, especialmente durante la Semana Santa, se jugaban tipaches que eran pequeños discos de cera negra, un poco cóncavos y con la uña se hacía un cuadrículado para levantarles unas pequeñas aristas. El juego consistía en que un jugador ponía su tipache con lo cóncavo hacia abajo y el otro jugador lanzaba el suyo de tal manera que le pegara al "tipache puesto" tratando de darle vuelta, lo cual se lograba precisamente por las aristas que con el golpe se adherían al tipache. Si al golpearlos los dos tipaches quedaban viendo hacia arriba, el jugador quedaba dueño del tipache; en caso contrario, los dos hacia abajo, o una hacia arriba y el otro hacia abajo, le tocaba el turno al otro jugador.

El juego de tipaches era muy corriente no solo en la ciudad, sino en el interior de la República, donde no sé si todavía lo practican. En la ciudad desapareció este juego.

Cuadrillo. Este es un juego que nosotros inventamos. Se trata de un espacio grande dividido en cuatro partes colocándose un jugador en cada una, pateando una pelota de trapo, o una cáscara de limón o de naranja, la cual debía mantenerse en el aire, pero cada jugador trataba de que la pelota cayera en el suelo en cualquiera de los otros campos, anotándose un punto en contra del que la dejara caer. En el juego se podían utilizar únicamente los pies, las piernas, el pecho, la cabeza o cualquier otra parte del cuerpo, menos las manos. En él pueden

participar dos, tres o cuatro personas. Cuando la calle fue asfaltada, utilizábamos los bloques del mismo asfalto.

Servicios

El Pan

Así como El Sauce vendía agua en carretas, había algunas panaderías que distribuían pan en carretas tiradas por caballos. La carreta en sí era una caja grande dividida en su interior en varios compartimientos donde llevaban los panes de diferentes clases; panes de corona, cubiletos, patos, champurradas, hojaldras, semitas, batidas, pirujos, franceses, retorcidos, roscas, etc.

Al nivel del piso de la carreta y a los lados de la caja, había unas tablas sostenidas con hierros para que el panadero pudiera desplazarse de un extremo a otro según la clase de pan que pedía el cliente. El panadero anunciaba su llegada con una trompetita que tenía un sonido especial ya conocido por la gente.

Estas carretas fueron sustituidas más tarde por automóviles distribuidores a domicilio y para surtir las panaderías. Entre las principales panaderías de la época estaban: Panadería Las Victorias, La Burdalesa, Panadería Alemana, Pan Briz, Panadería Española, Panadería Las Violetas, La Argentina.

También había panaderías (ventas de pan) distribuidas por la ciudad. El precio del pan era de un centavo cada uno y cuando se compraban 5 centavos, daban la ganancia que era otro pan, por eso anunciaban en las tiendas "pan con ganancia" o "6 X 5", así es que la ganancia iba de acuerdo con la cantidad de pan que se comprara.

El Agua

Como menciono en el capítulo anterior, parte del agua que se consumía en la capital era comprada a la finca El Sauce, pero el agua corriente que llegaba a las casas provenía de unas fuentes conocidas como de Mixco y Pinula. Después se agregó la de Acatán. El agua que venía de estas fuentes se recolectaba en alcantarillas que estaban situadas en diferentes lugares de la ciudad. Una de éstas estaba en la esquina de la 3a. calle y 3a. avenida de la zona 1, frente a La Recolección. De las alcantarillas el agua se distribuía hacia los diferentes barrios y como la ciudad era pequeña, el agua abundaba y como no existían contadores o medidores, ésta caía en forma constante día y noche en las pilas de las casas, las cuales se mantenían totalmente llenas.

El tamaño de la pila dependía del gusto del propietario, tanto por el área que ocupaban como de la profundidad, pues por lo regular tenían más de un metro de hondo. Estas pilas que todavía existen en algunas casas antiguas como la mía, tenían (o tienen) dos o tres lavaderos hechos con lajas grandes. Uno de estos lavaderos estaba destinado para lavar la vajilla y los trastos de la cocina; otro para restregar la ropa; y otro para lavar trapeadores y otros usos. Actualmente por el tipo de construcción de las casas o por los adelantos modernos ya no se usa la pila o usan unas pequeñas hechas de cemento con un solo lavadero.

Como el agua no tenía un tratamiento especial, no era apta para beber, pues a veces acarrea tierra y otros desechos. Naturalmente estas pilas también se convertían en focos de enfermedades especialmente parasitarias, y en criaderos de zancudos pues no las lavaban con regularidad, por lo que en algunas casas tenían peces para combatir las larvas.

El agua para beber se obtenía de filtros artesanales conocidos como "destiladeras", hechas de piedra pómez. Estas destiladeras tenían la forma de una campana invertida que era colocada en una armazón de madera. Estas destiladeras las llenaban diariamente con agua y durante el día, gota a gota, llenaban unas tinajas, pero, aunque no era agua totalmente pura, por lo menos se veía más limpia de impurezas. También era corriente el uso de filtros de candela importados de Europa o de Estados Unidos. Recuerdo que una marca muy conocida de estos filtros era "Berkefeld".

Como antes anoté, el agua llegaba a las casas en forma constante, entonces, las pilas rebalsaban y el agua se iba a los desagües, los cuales, como no existían los tubos de cemento (que fueron los primeros que aparecieron en el mercado), eran hechos en forma muy rudimentaria, pues consistían en dos hileras de ladrillos de barro colocados paralelamente y cubiertos con lajas. Por estos canales corría el agua servida. Muchos de estos desagües se destruyeron con el terremoto de 1976, por lo que fueron sustituidos por tubos de PVC que es el que se usa actualmente para todo tipo de construcción.

El Hielo.

En nuestro tiempo, cuando éramos jóvenes, aún no existían o no habían llegado a Guatemala las refrigeradoras eléctricas, por lo que en las casas, o en la mayoría de ellas, para mantener fríos los alimentos se usaban las "hieleras" que eran unos muebles, tipo armario, cuyo tamaño variaba entre un metro y metro y medio de altura, divididos en dos compartimientos: el superior estaba forrado con lámina de zinc que era donde se colocaba el hielo; y el inferior servía para depositar lo que no necesitaba tanto frío. Del compartimiento superior salía un tubo de

desagüe que recogía el agua del hielo derretido, la cual se recibía hasta abajo en un recipiente que diariamente se vaciaba.

La única fábrica de hielo en ese entonces estaba en la finca El Zapote, específicamente en la Cervecería Centroamericana de Castillo Hermanos, situada al Norte de la ciudad al final de la 3a. Avenida.

El hielo se vendía en marquetas de hasta un quintal, aunque la gente podía comprar medio quintal o una arroba, según sus necesidades, y los repartidores lo partían con unos serruchos con dientes muy grandes y el trozo a entregar se transportaba colgado de unos ganchos con puntas muy agudas para sostenerlo.

La razón de dividir la "hielera" en dos partes era que en el compartimiento superior, por el forro de lámina que tenía, el hielo tardaba más en derretirse, a la vez que se evitaba el contacto directo con la madera. En casa de mis suegros había una de esta "hielera" y cerca del hielo ponían los alimentos que necesitaban más enfriamiento como los frijoles, la carne y la leche; y en el inferior se colocaba la verdura u otros artículos que podían mantenerse a una temperatura menos fría. Estas "hielera" fueron sustituidas por las refrigeradoras, que con la tecnología moderna puede graduarse la temperatura hasta llegar al punto de congelación.

Las marquetas de hielo tenían otros usos, por ejemplo, en las calles, especialmente donde había cualquier concentración de gente (procesiones, desfiles, los parques en días festivos, etc.) había carretillas que vendían "granizadas" y "apretados". Para hacer una granizada, el vendedor raspaba el hielo con un "raspador" y cuando ya estaba lleno lo vaciaba en un vaso y lo regaban con jarabes de diferentes sabores y lo entregaba al cliente con una cucharita. El consumidor tenía que permanecer cerca del vendedor para devolver el vaso y la cucharita, salvo cuando se llevaba un vaso propio. Las granizadas todavía se venden en las calles, con la diferencia de que el hielo se desmenuza mecánicamente y la granizada se entrega en vasos plásticos.

También estaban los llamados "apretados" que para hacerlos seguían el mismo sistema de las granizadas, con la diferencia de que el hielo los vendedores lo comprimían fuertemente con los pulgares dentro del vaso para darle una consistencia dura. Luego los bañaban con jarabes y lo entregaban al cliente (sin el vaso) quien tenía que comerlo sorbiendo incesantemente para evitar que se derritiera, aunque a veces el jarabe o el agua con jarabe se escurría hasta la mano y aún hasta el brazo, donde había que pasar la lengua para recogerlo.

También estaban las carretillas que vendían los helados de "nieve". Estas carretillas llevaban en su interior un depósito de metal, con tapadera, donde se llevaba el helado. Este depósito iba colocado en la caja de la carretilla y para que se conservara congelado, el espacio entre el depósito y la caja se llenaba con trozos de hielo con bastante sal para retardar el descongelamiento del hielo y la "nieve".

El heladero para vender el helado lo sacaba con una cuchara sopera, aplanada con martillo, para que funcionara como espátula y la "nieve" la depositaba en un barquillo, especie de cucurucho invertido con la punta hacia abajo, hecho de harina de trigo sin levadura, y el precio variaba entre uno y dos centavos dependiendo de la cantidad de "nieve" que se ponía. En la actualidad todavía se ven eventualmente estas carretillas.

Estos helados también podían hacerse en casa. Para ello habían una heladeras o máquinas para hacer helado, como les decían, que eran un especie de cubeta de madera, donde se colocaba un cilindro de hierro con lo que se quería congelar. Este cilindro tenía una tapadera, también de hierro, que estaba sostenido por un sistema de engranajes unidos a una cigüeña para darle vueltas constantemente. Alrededor del cilindro también se colocaba hielo en trozos, con sal, y con la rotación del cilindro se formaba el helado. Naturalmente este sistema tardaba mucho tiempo, pero las amas de casa gozaban con hacerlo y ofrecer a los invitados, especialmente en las fiestas infantiles.

Carbón y Leña

Como no existían las cocinas de kerosene, todas las casas tenían "poyos", ya fuera pégados a la pared o en el centro de la cocina. Su construcción consistía en una especie de caja cerrada a lo largo. Encima estaban las hornillas hechas con tirantes de hierro entrelazados. Un poco más abajo había un enrejado, también de hierro que tenía salida a un extremo del poyo que era por donde se introducía la leña, pues el carbón se ponía encima. La ceniza caía en un depósito inferior que también tenía salida abajo de la anterior. En algunas casas había hornos, también calentados con leña, donde hacían el pan para el consumo diario.

Regularmente pasaban por las casas algunos hombres a quienes llamaban "ceniceros", porque compraban la ceniza para revenderla en las fábricas de "jabón de coche" que era el jabón popular que la gente usaba para lavar la ropa y aun para bañarse. Todavía se usa en el área rural.

La gente se surtía de combustible (carbón vegetal, leña y ocote) en las carbonerías, o sea, los depósitos o reventas de estos elementos, que eran pequeños

negocios que algunas personas tenían en sus casas. Estas carbonerías eran surtidas por los carboneros que lo traían en mulas desde Chinautla, Palencia o San José del Golfo, o de otros lugares cercanos a la capital. El carbón lo vendían en redes y la leña por carga.

Los precios del carbón en ese entonces eran, más o menos, entre Q. 1.00 y 3.00 quetzales dependiendo del tamaño, y la leña entre Q. 3.00 y 6.00 la carga. Una carga de carbón eran dos redes y la carga de leña eran dos haces y cada uno de éstos contenía entre 30 y 50 leños. Cada leño medía aproximadamente una vara de largo por 15 centímetros de grueso. Actualmente cada leño mide aproximadamente media vara y es más caro. El ocote (pino rojo) lo vendían por manojo de unas 10 o 15 rajitas a 25 o 30 centavos y, como se hace todavía, servía para encender el fuego.

En algunas casas existía la costumbre de que en la noche, en lugar de apagar el fuego, "enterraban" las brasas, o sea que las cubrían bien con ceniza donde arribaban una jarrilla con café o con agua para que al día siguiente estuviera caliente. Donde más se compraba la leña era en las tortillerías para calentar el comal.

Para arrear las mulas, el arriero llevaba lo que llamaban "tapajo" (tapa ojo) que era un cincho como de unas 4 pulgadas, doblado en cierta forma que formaba un círculo, de donde sobresalía un extremo trenzado, con el cual pegaban a las mulas para que caminaran y en el momento de bajar la carga les ponía el "tapajo" cubriéndoles los ojos para que no se movieran.

Estas mulas recorrían las calles de la ciudad y con el tiempo fueron desapareciendo pues empezaron a usarse camiones para distribuir carbón y leña, y el precio fue aumentando por las restricciones que tienen los carboneros para cortar los árboles. En la actualidad muchas tortillerías han modernizado su sistema, pues en lugar de leña usan gas propano para calentar el comal.

Otro uso que se le daba al carbón era para planchar, pues antes de que se popularizaran las planchas eléctricas, las amas de casa utilizaban las que llamaban "planchas de carbón" que eran de una sola pieza con un agarrador, y las planchas de vapor. Las primeras se calentaban poniéndolas en braseros colocados a la par del planchador. La planchadora tomaba la plancha con un trapo para no quemarse y para quitarle la ceniza y no ensuciar la ropa, primero la pasaba sobre otros trapos puestos especialmente para eso y luego la aplicaban a la pieza a planchar. La plancha de vapor era más grande, la cual consistía en una caja de hierro con unos agujeros que servían como respiraderos. Esta caja tenía una tapadera con goznes en la parte de atrás y un trabador adelante. En esta tapadera estaba el agarrador de la plancha. Para calentarla encendían carbón en el interior y la soplaban

constantemente para que ardieran las brasas. Este tipo de plancha era más popular en las sastrerías, donde los sastres las ponían a la orilla de la banqueta para que el aire corriente mantuviera encendido el fuego.

Las Loterías

En Guatemala han funcionado varias loterías, pero las más antiguas son: la Lotería Nacional y la Lotería Chica.

Lotería Nacional

Esta es la más antigua pues fue fundada en 1880 como dependencia del Ministerio de Hacienda (hoy Finanzas Públicas), instalándose desde entonces en la esquina de la 10a. avenida y 9a. calle de la zona 1. Este edificio cuenta con un vestíbulo grande que era donde se efectuaban los sorteos, los cuales se llevaban a cabo cada fin de mes y para que el público pudiera presenciarlos, colocaban sillas de hierro plegadizas y el acto era amenizado por la marimba propiedad de esta institución, la cual alcanzó mucha fama, no solo por la calidad del instrumento, sino por el virtuosismo de los marimbistas.

Esta lotería fue fundada con el propósito de allegar fondos para el sostenimiento del Hospicio Nacional, por lo que al principio se llamó **Lotería del Hospicio** y después pasó a Lotería Nacional. Los números se vendían enteros o fraccionados en décimos. El número entero costaba Q.10.00 y Q.1.00 el décimo. Al día siguiente del sorteo las listas de premios aparecían publicadas en los periódicos o en unos boletines que las oficinas entregaban a los vendedores, quienes para vender los números gritaban "¡el gordo...!" refiriéndose al premio mayor. La Lotería Nacional fue clausurada el miércoles 16 de mayo de 1990. Su duración fue de 110 años.

Lotería Chica

Esta lotería fue creada en 1947 como dependencia del Ministerio de Educación con el objeto de reforzar las campañas de alfabetización que estaba llevando a cabo el Gobierno y por esa razón se llamaba Lotería Chica pro-Alfabetización. Sus oficinas centrales estaban situadas en la 6a. avenida entre 1a. y 2a. calles de la zona 1. Los números se vendían a Q.1.00 el entero y a Q.0.10 el décimo. Los sorteos se llevaban a cabo cada 15 días y las listas de premios eran publicadas en los periódicos o en boletines especiales. Fue clausurada en junio de 1991.

Otras Loterías

Además de las mencionadas, todavía funcionan dos loterías: la Lotería Santa Lucía, creada en 1956 y la Lotería del Niño, creada por Acuerdo No. 631-86.

Carpinterías y Ventas de Madera

En aquel tiempo habían varias carpinterías, la mayoría pequeñas que no tenían nombre y se conocían solo por el nombre del dueño, salvo la que estaba situada en la 3a. calle entre 3a. y 4a. avenidas que se llamaba "El Trompo" pues ésta era su especialidad, aunque trabajaba cualquier cosa relacionada con su ramo. Los trompos los hacían de pino, cedro y guachipilín, por consiguiente, los precios también variaban, siendo los de guachipilín los más caros, pues costaban hasta Q. 50 centavos y un quetzal, por ser de madera más dura de unos 10 centímetros de tamaño con punta de tornillo. Esta carpintería se trasladó después a la 4a. avenida entre 2a. y 3a. calles y después a la 7a. avenida y 1a. calle donde desapareció del barrio.



Callejón de la Cruz, hoy 3ra. Ave. "A",
a partir de la 4ta. Calle de la zona 1.

Otras carpinterías eran la de don Benjamín Soto, situada en la 3a. avenida entre 3a. y 4a. calles; la de don Demetrio Avila a tres casas de por medio de la anterior. Don Demetrio fue uno de los principales líderes obreros del Partido Unionista que provocó la caída del Presidente Manuel Estrada Cabrera.

En la esquina de la 3a. calle y 4a. avenida de la zona 1, estaba la Carpintería Alemana, propiedad de unos ciudadanos alemanes, la cual, junto con otras propiedades de ciudadanos alemanes fueron expropiadas en tiempo del General



Los artistas Huberto y Manuel Solís Soberanis

Ubico cuando Guatemala le declaró la guerra a Alemania durante la segunda guerra mundial. Actualmente en este edificio se encuentra la Editorial de Ejército.

También había ventas de madera: una propiedad de una familia de apellido González, situada en la 3a. avenida entre 3a. y 4a. calles, cuyos dueños eran tan gordos que todos los conocían como "los panzones", y la otra, situada en la 4a. avenida entre 2a. y 3a. calles propiedad de don José Monterroso.

Algo importante y necesario mencionar en este tema de la madera, es lo que se refiere a la familia Solís

Soberanis. El papá era carpintero-ebanista y de él heredaron sus hijos el oficio, pero en forma especializada como sucedió con Manuel y Huberto.

Eran cinco hermanos: Carlos, Salvador, Manuel, Huberto y Dolores y todos, con excepción de la hermana, eran artistas. Carlos era traductor jurado inglés-español, de los primeros que hubo en Guatemala, además de dedicarse a la pintura. Salvador era un gran pintor; pero entre todos sobresalieron Manuel y Huberto.

Manuel, aparte de que tocaba violín, se dedicó a la construcción y reparación de instrumentos musicales. Su fama como tal trascendió las fronteras patrias, pues músicos de renombre como Yehudi Menuhin, que le confió su violín con el que iba a dar un concierto en Guatemala en tiempo de la segunda guerra, para que se lo reparara, pues viniendo de México, la humedad de ese país se lo despegó y don Manuel, no solo se lo pegó, sino que le acomodó el alma, lo que hizo que el instrumento adquiriera más sonido. Como constructor de instrumentos, hizo, entre otros, un violín a Andrés Archila, una viola a Humberto Ayestas y una guitarra a mi hermano Luis.

Huberto, aparte de ser violoncellista de la sinfónica, se dedicó a la escultura, arte en el cual también sobrepasó las fronteras patrias. Entre sus obras más sobresalientes dejó la Virgen del Rosario y el Cristo de Velázquez (tallado en madera) y otras imágenes que se encuentran en la iglesia de Santa Delfina de Seigné en la finca El Zapote, la bella imagen de María Magdalena y las imágenes pequeñas de la Virgen de Dolores, San Juan y la Magdalena que salen en las procesiones de los niños en la iglesia de la Recolección; el Salvador del Mundo que se encuentra en la catedral de Santa Ana, El Salvador; así como restauración y esculpido de otras imágenes de diversas iglesias de Guatemala. Don Huberto dejó una escuela que aprovecharon los escultores guatemaltecos Jorge Carías y Ramiro Irungaray, ambos miembros del Departamento de Restauración del Instituto de Antropología e Historia.

Cantinas

Hasta hace algunos años en el barrio de la Recolección existían pequeños bares o "cantinas" donde vendían exclusivamente aguardiente. La mayoría de estas cantinas eran unos cuartos o habitaciones de la casa donde se colocaba un mostrador un poco alto que servía para despachar y para que los clientes tuvieran dónde recostarse cuando bebían parados. Este mostrador estaba tapado por delante, pero atrás tenía unos estantes donde colocaban los vasos, trapos para limpiar, platos de peltre de diferentes tamaños y otras cosas. En un extremo, o en ambos, había pequeñas vitrinas donde estaban expuestas la "bocas": huevos duros, trozos de carne, frijoles volteados, queso y otros comestibles; estas bocas se

pagaban extras. Las bocas más corrientes y que eran obligadas al comprar aguardiente eran jocotes tronadores, mandarinas pequeñas, arrugadas y ácidas.

Las mesas de las cantinas tenían carpetas como mantel, unas cuadriculadas de azul y blanco o de rojo y blanco, algunas tenían flores de colores estampadas. Para sentarse, en algunas cantinas había sillas de madera de pino, a veces pintadas de rojo o azul; en otras, la mayoría, solamente tenían pequeños bancos de madera. Quienes llegaban a beber a estas cantinas, junto con el aguardiente le ponían jocotes y un poco de sal en un pequeño plato de peltre, y para "empujar" les proporcionaban un poco de agua gaseosa que había sobrado en las botellas.

Cuando yo era patojo, en la 4a. calle y Callejón de la Cruz (hoy 3a. Avenida "A") había una cantina. Era una casa de esquina que probablemente se cayó con los terremotos de 1917-1918 y aún no la habían restaurado, pues solo había una parte de pared como de 2 metros de alto, completada con tablas (talvez dos metros más), con techo de lámina de zinc y piso de tierra. Su propietario era un señor llamado "Don Armenio", nunca supe su apellido. En la cantina de Don Armenio vendían el licor en "cuartitas", no sé cuál era su capacidad, solo recuerdo que eran botellitas donde vendían aguardiente blanco. Este sistema de "cuartitas" terminó cuando entró en vigor la nueva ley de licores, cuando se dispuso se vendiera por litro y sus derivados. Entre los envases de litro había unos grandes, pesados, aplanados, que por la forma que tenían se les conocía como "pulmones". En estos vendían el aguardiente más ordinario.

Había un tipo de aguardiente que por lo fuerte que era, o sea, por su alto grado de alcohol que tenía, era conocido como "alambre espigado". Yo creo que este aguardiente era clandestino que traían del área de Chimaltenango, aunque también lo hacían en San Antonio Las Flores, Chinautla, San Pedro Ayampuc, etc., y por eso era tan fuerte.

Entre las cantinas más populares del barrio, la mayoría no tenía nombre; eran reconocidas únicamente por el nombre o apodo de los dueños. Así se conocía la cantina de "Juan Ratón" situada en la 6a. calle entre 2a. y 3a. avenidas; la de "Juan Chucho"; en 2a. calle entre 3a. y 3a. avenida "A"; en la 3a. avenida y 3a. calle de la zona 2 estaba la cantina "Las Mil y Una Noches"; en la 2a. avenida y 3a. calle "A", zona 1, estaba la cantina "El Danubio Azul" propiedad de doña Amelia Flores (La Mela); en la 4a. avenida y 2a. calle de la zona 2 estaba la de "La Nesh" que muchos la conocían como la cantina de "la guitarra" porque había una empleada con cuerpo muy bien formado, pero que tenía el cuello un poco largo, lo que dio lugar al sobrenombre; en la 3a. avenida entre 3a. y 4a. calles estaba la cantina "Buenos Aires", propiedad de don Daniel de León. Esta Cantina

ya era de otro tipo, más grande, muy limpia, con varias mesas y atendida por su propietario, al contrario de las mencionadas antes, que siempre mostraban un aspecto de suciedad.

A estas cantinas acudían muchos de los que en aquel tiempo llamaban "mozos de cordel", que eran indígenas que permanecían en determinadas esquinas como la de la 4a. avenida y 3a. calle donde estaba la famosa Carpintería Alemana; otra esquina era la de la 2a. avenida y 6a. calle. En estas esquinas esperaban a los clientes que los ocupaban para efectuar algún trabajo específico que requiriera un esfuerzo mayor como el transporte de muebles o cualquier otra cosa pesada, para lo cual utilizaba un lazo o cordel con un mecapal, puesto que la mayoría de las cosas tenían que cargarlas sobre la espalda. Con el tiempo, algunos de estos mozos mejoraron su sistema adquiriendo una carretilla de dos ruedas como las que usan actualmente para vender los muebles de pino en las calles.

Entre estos mozos había uno que era muy conocido en el barrio, especialmente por su honradez, que se llamaba Félix (nunca supimos su apellido). Félix era uno de los asiduos clientes de la cantina El Danubio Azul, donde reunía los centavos que había ganado durante el día. El Cantinero ya lo conocía y en cuanto llegaba le ponía un octavo de aguardiente Ranchero (el más barato), un vaso grueso de los conocidos como de herradura, dos cuartos de limón, un platillo



Mapa en relieve ubicado en el paseo del Hipódromo del Norte. Obra dirigida por el Ingeniero Francisco Vela a principios del Siglo XX, (fotografía: Jairo Cholotto, 1999).

con sal y un poco de agua gaseosa. Félix vaciaba el aguardiente en el vaso e inmediatamente se lo bebía. Después ponía un poco de sal en el limón, echaba un poco de gaseosa y por último chupaba el limón. Naturalmente este "ritual" tardaba varios minutos, mientras quienes estaban viéndolo esperaban alguna reacción después de haber bebido el aguardiente, y hubo quien le preguntara "¿vos Félix, escupo por vos...?"

Fuera del barrio, pero que fue famosa durante muchos años, especialmente por el servicio que prestaba, existió la cantina "El Último Adiós", situada mero enfrente de la puerta principal del Cementerio General. Generalmente los señores que asistían a un entierro, al salir solamente atravesaban la calle para ir a esta cantina. No recuerdo cuántos años funcionó ni cuándo desapareció.

A la fecha todas estas cantinas han desaparecido del barrio, solo queda una en la esquina de la 1a. avenida y 6a. calle de la zona 1, pero no me consta cómo trabaja ni cómo es su interior.

Los Achimeros

Los vendedores ambulantes, conocidos en Guatemala como "achimeros", son personas, especialmente indígenas originarios del interior de la República, que han venido a la capital, desarraigados de su comunidad en busca de un nuevo y fácil sistema de vida.

Estos achimeros (o buhoneros) llevaban pendientes del cuello por una faja, una caja donde ofrecían toda clase de baratijas como corta uñas, llaveros, hojas de afeitar, cortaplumas, linternas, correas para zapatos, espejos pequeños, monederos y otras cosas.

Cuando yo era patojo, habían muchos de estos achimeros que deambulaban por las calles ofreciendo su mercancía. Actualmente todavía se ven algunos, pero muchos de ellos se han asentado y ofrecen sus productos en pequeñas champas o en cajones o extendidos en las banquetas sobre lienzos.

Naturalmente, con el tiempo también ellos han evolucionado. Ahora, aparte de todas las cosas tradicionales que antes vendían, han agregado relojes, radios, calculadoras, pilas para radio, anteojos, cinchos de cuero, etc.

Aparte de estos buhoneros también han aparecido otros vendedores de licuadoras y repuestos para las mismas, repuestos para ollas de presión, vajillas y cristalería. Durante la época de la Navidad vienen vendedores temporales con objetos propios de esa época como adornos diversos (Nacionales y extranjeros),

paja, adornos de pino, árboles de navidad hechizos simulando pinos o cipreses. Además venden chiribiscos pintados de plateado o de blanco, luces de colores, y otros productos para hacer nacimientos como pastores, misterios (José, María, Niño Dios), Reyes Magos, buey y mula, cohetería y fuegos artificiales.

Muchos de estos productos vienen de El Salvador. Por lo regular estas ventas de Navidad desaparecen el propio día 24 de diciembre.

Diversiones

Los días de campo.

En aquel tiempo lo que ahora son las colonias Lo de Bran y El Sauce, eran dos fincas grandes, especialmente la finca de Bran, conocida así porque pertenecía a la familia Bran de quienes recuerdo entre sus propietarios a los hermanos Luis, Ignacio, Gabriel, Manuel, Mariano y Rafael. A esta familia pertenece don Rigoberto Bran Azmitía, reconocido escritor y poeta. Los días sábados y domingos estas fincas eran muy concurridas, pues la gente a falta de otros lugares de esparcimiento, acudían a pasar el día en estos llanos.

Cerca de la puerta de la finca de Bran estaba la casa de los dueños donde había que pagar unos cuantos centavos por persona (2 ó 3 no recuerdo) para poder entrar. De aquí partía una bajada que conducía a unas piscinas: una grande rectangular, que era la más concurrida. Para poder entrar a esta piscina había que pagar 10 centavos; además había otras piscinas más pequeñas (familiares) en forma ovalada, donde se pagaba 15 centavos por persona. De las piscinas seguía otro camino que llegaba a unos potreros muy grandes, rodeados de barrancos, pero con muchos árboles, a cuya sombra la gente se acomodaba para almorzar. A los barrancos cercanos los patojos iban a “**barranquear**”, entrando por lo de Bran y saliendo por El Zapote o por el Hipódromo del Norte.

Doña Raquel de Torselli, quien después fue mi suegra, preparaba canastos de comida y nos invitaba a todos los patojos. Al llegar a la puerta de la finca nos decía: “bueno patojos, corran”. Nosotros entrábamos corriendo y el dueño nunca tenía tiempo para contar cuántos éramos. por lo que ella decía cualquier número y eso pagaba. Ya en el campo, jugábamos, comíamos, almorzábamos y en la tarde volvíamos de regreso a nuestras casas. En esta finca había crianza de ganado vacuno y la leche la vendían a dos centavos el vaso.

La otra finca, El Sauce, era más pequeña, con una entrada llena de pinos y cipreses, así como en el campo interior, proporcionando mucha sombra y un ambiente muy agradable.

En esta finca, como en la anterior, había una piscina bastante grande, redonda, como de unos 10 metros de diámetro. El agua era subida por medio de una bomba desde un nacimiento que había en el fondo del barranco, por lo que el agua se estaba renovando constantemente.

Cerca de la entrada, antes de llegar a la piscina, había un salón redondo, bastante grande, cerrado con vidrios, donde se efectuaban bailes y reuniones sociales. El día de Carnaval, la finca era muy alegre. La gente llegaba a jugar confeti, cascarrones, serpentinas y clorhetilo que vendían en pequeñas ampollitas. En el salón había marimba y la gente se divertía no solo adentro sino afuera del salón.

Era famoso El Sauce por su carnaval, pero no solo allí se jugaba; también en las calles, especialmente en la 6a. avenida, el parque central, el parque Concordia (hoy Gómez Carrillo), el hipódromo del Norte, el parque Morazán y otros lugares. Con el tiempo, en estos parques el juego fue degenerando y los muchachos solo llegaban a hacer escándalo y ofender a las mujeres de diferentes maneras.

Como el agua que se consumía en las casas no era totalmente potable, los propietarios del Sauce la vendían, la cual era distribuida en carretas tiradas por mulas. En la carreta llevaban un tonel grande, acostado, lleno de agua que por lo menos no estaba tan contaminada y se usaba para el consumo diario. Como las ruedas de las carretas no eran de hule, sino de madera con aro de hierro, pronto se oía su llegada por el ruido que hacían en las piedras de la calle, así como el entrechocar de los cubos de hojalata que iban colgando en la parte de atrás de la carreta, con las cuales medían y distribuían el agua en las casas donde la compraban.

Otro lugar a donde íbamos a pasar el día era el barranco de la finca “**El Zapote**” donde habían unas piscinas de agua nacida. Para llegar a este lugar no se pagaba nada, pero como era privado, era necesario pedir permiso en la administración de la finca.

Aparte de estos lugares que eran los más cercanos a nuestra casa, en algunas oportunidades íbamos a los baños de los Aposentos en Chimaltenango, a los baños de Pansalic en Mixco, o al puerto de San José o Iztapa.

Para ir a San José se podía hacer el viaje en el tren que salía a las 7:15 de la capital y llegaba al puerto como a las 13 horas; o bien en el que salía de la capital a las 2:15 de la tarde y llegaba al puerto más o menos a las 9 de la noche. El tren se tardaba tanto tiempo porque paraba en muchas estaciones, entre ellas Amatitlán, Palín, y Escuintla hasta llegar al puerto. Cuando el viaje se hacía por

tierra, especialmente en bus expreso, el tiempo que se empleaba era aproximadamente de 4 horas hasta San José, pues el camino que era de terracería por lo regular se mantenía en mal estado, con muchos baches, que en invierno se convertían en grandes lodazales. Para ir a Iztapa, se tomaba el mismo camino, pero a la altura de la aldea Obero se desviaba para llegar a este puerto.

El Parque Central

Uno de los lugares de descanso más concurridos, especialmente los sábados y domingos, era el Parque Central. Este parque hoy llamado de la **Constitución**, que abarca la manzana entre la 6a. y 8a. calles, y la 6a. y 7a. avenidas, era el prototipo de los parques de aquella época. Estaba rodeado por una verja en la cual, en la parte externa viendo hacia las calles, había bancas, aparte de las que habían en todo el interior del parque, que la gente aprovechaba para descansar. En la esquina de la 6a. calle y 6a. avenida existía una gran pila como de 10 metros de diámetro, con un chorro en el centro, la cual tenía unos sauces llorones y en el agua algunos nenúfares. Además, en la esquina de la 7a. avenida y 8a. calle había una glorieta hecha con pilares de hierro. Un árbol había crecido mucho y tapaba toda la glorieta en forma tan tupida que era donde anidaban



Parque Central
(Fotografía Guillermo Vásquez).

los sanates. En su interior había bancas donde, durante el día, la gente se sentaba a descansar, pero aproximadamente a las 6 de la tarde se retiraban, pues era la hora en que llegaban los sanates en grandes cantidades y la gente se exponía a recibir "sus gracias".

En el parque había muchos árboles grandes, los cuales, según decían, el presidente Ubico los mandó a cortar dejándolo totalmente limpio, porque obstaculizaba la vista del Palacio Nacional recién construido. En el centro del parque había un kiosco donde los días miércoles a las 6 de la tarde llegaba la Banda Marcial a dar concierto. Estos conciertos eran muy concurridos por gente de diferentes edades. La gente mayor por lo regular acompañaba a las muchachas, quienes, mientras los papás se sentaban, ellas se paseaban dando vueltas alrededor del parque. Los muchachos se paraban a la orilla de la banqueta a verlas pasar como seleccionando a quiénes querían conocer. También era motivo para que los novios pudieran verse tranquilamente. Nosotros, los patojos, más que todo íbamos a jugar y correr con las patojas de nuestra edad.

Junto con los árboles derribaron el kiosco, construyendo en su lugar una concha acústica en la esquina de la 6a. calle y 7a. avenida frente al Palacio Arzobispal, donde llegaba a dar conciertos la orquesta Liberal Progresista (hoy Orquesta Sinfónica Nacional) dirigida primero por el maestro José Castañeda y después por el Maestro Gastón Pellegrini. Cuando remodelaron el parque, también se derribó esta concha e hicieron una nueva que es la que se encuentra ahora en el Parque Centenario frente a la Biblioteca Nacional. La Banda Marcial también daba conciertos los días viernes en el Parque Morazán, pero no tenían el mismo atractivo de los del Parque Central.

El Hipódromo del Norte

Uno de los lugares preferidos por la gente para distracción y descanso ha sido siempre el Hipódromo del Norte, situado hacia al Norte de la capital al final de la Avenida Simeón Cañas.

El Lic. Manuel Estrada Cabrera, presidente de Guatemala durante los años 1898-1920, siempre demostró mucho interés por la educación, por lo que mandó a construir, tanto en la capital como en las principales ciudades del país como Quetzaltenango, Chiquimula y otras, un Templo dedicado a Minerva, diosa romana de la sabiduría, las artes, las ciencias y la industria, donde año con año celebraba las fiestas - dedicadas a la juventud estudiosa - que llamó "Minervalias", de las cuales, según anota el Lic. Francis Polo Sifontes, la primera se efectuó en 1899. En estas fiestas también se premiaba a los mejores alumnos de las escuelas con medalla y diploma.

El templo de la capital tenía 20 columnas y en su interior estaban las fotografías de los Próceres de la Independencia. Años después, al pie de este Templo se llevaban a cabo las celebraciones del 15 de septiembre, en conmemoración de la Independencia de Centro América.

Este se demolió dinamitándolo en el año de 1953, para dar lugar a la ampliación y construcción del Diamante "Enrique 'Trapo' Torrebiarte", destruyendo este magnífico monumento, representativo de nuestro Patrimonio Histórico.

A la par de este Templo estaba y está todavía el mapa en Relieve de la República de Guatemala, para cuya construcción se designó al Teniente Coronel e Ingeniero Francisco Vela, quien tuvo como colaboradores, según se lee en una placa conmemorativa que se encuentra en ese lugar, al Ing. Claudio Urrutia como planificador y ejecutor del mapa, así como el Ing. Fausto Aparicio; como dibujantes a Eduardo Castellanos, Salvador Castillo y Eugenio Rosal; como artista a Domingo Ronado; y como maestro de obras a Cruz Zaldaña.

Como dato biográfico tenemos que el Ing. Francisco Vela nació en Quetzaltenango el 3 de julio de 1859 y murió en Esquipulas el 26 de febrero de 1909, o sea que murió a la temprana edad de 50 años. La construcción del mapa se inició el 19 de abril de 1903 y se terminó e inauguró el 29 de octubre de 1905.

Actualmente hay una comisión específica integrada por varias instituciones como el Instituto Guatemalteco de Turismo, el Instituto Geográfico Nacional y la Municipalidad de la capital, la cual es la encargada de la conservación y mantenimiento del mapa. A la par del mapa se encuentran tres monumentos: uno con el busto del Ing. Francisco Vela, otro del Ing. Claudio Urrutia, y otro, hecho por el artista guatemalteco Rodolfo Galeotti Torres, y erigido por el Ministerio de la Defensa en 1982, que representa al Ing. Vela con un teodolito tomando datos del altiplano para la construcción del mapa.

Cuando éramos patojos nos gustaba ir a jugar al hipódromo, donde en el bosquecito que está al fondo, atrás de lo que fue la pista de carreras de caballos, había una cancha de basquetbol y una piscina. Además había otros juegos hechos a base de tubos de hierro como de 10 centímetros de diámetro. Aquí estaban las argollas y columpios que con cadenas pendían del tubo principal. También había "paralelas" y un resbaladero que consistía en dos tubos paralelos de los cuales nosotros teníamos que asegurarnos con piernas y manos para no caer.

Por lo regular y en la época de vacaciones escolares los muchachos, hombres y mujeres, nos íbamos al hipódromo a las 5 de la mañana. Algunas veces corríamos desde el Parque Morazán hasta el hipódromo y aproximadamente a las 7 u 8 de la mañana veníamos de regreso.

A la fecha el hipódromo ha sufrido una serie de modificaciones, entre las que están el Diamante Enrique "Trapo" Torrebiarte para la liga mayor de béisbol; hay también varios juegos mecánicos como la rueda de Chicago, un resbaladero gigante, trencito, carritos locos, etc., los cuales son visitados todos los fines de semana por adultos y sobre todo muchos niños, quienes a la vez pueden degustar de comida típica que se vende en el sector como atol de elote, arroz en leche, elotes cocidos o asados, chuchitos, dulces, refrescos, aguas gaseosas, tostadas con aguacate, frijoles o simplemente con salsa, etc. En el centro del hipódromo se encuentra el mapa en relieve, descrito anteriormente. Además hay una piscina pública que es visitada por escolares y durante las vacaciones escolares se imparten clases de natación. Asimismo, como diversión para los niños, hay caballos y carrujitos tirados por cabras que tienen un recorrido ya trazado.

Otros lugares de diversión dominical eran el Zoológico "La Aurora" y el "Cerro del Carmen", donde por lo regular los días domingos había marimba y ventas de atol de elote, chuchitos, elotes cocidos y otras comidas.

Los Cines y los Teatros

Cuando éramos jóvenes había varios cines y teatros. Los más conocidos eran el Teatro Cápitol y Teatro Pálace, ambos situados en 6a. avenida entre 12 y 13 calles donde todavía se encuentran, pero modificados. El cine Latino llamado posteriormente Roxi, siempre en la 6a. avenida entre 13 y 14 calles; el Teatro Abril en la esquina de la 14 calle y 9a. avenida; el cine Maya situado en la 8a. calle donde ahora se encuentra el Pasaje Savoy; el cine Alameda en la Parroquia Vieja; el Teatro Venecia, después cine Bolívar y aquí desapareció. También en la Avenida Bolívar estuvo el cine Tropical donde ahora hay un centro comercial. Por último, estuvo el cine Rívoli-Variedades, llamado después solamente Variedades, localizado en la 6a. calle entre 3a. y 4a. avenidas, no donde está actualmente.

Según contaba mi papá, en su época venían grandes compañías de ópera y sus presentaciones eran especialmente en el Cápitol y en el Teatro Colón, pero éste ya no lo conocí. Las compañías de opereta y zarzuela las presentaban en el Palace, el Abril y Variedades.

Todavía recuerdo que en 1947 el Maestro Miguel Sandoval trajo, por última vez, una compañía de ópera presidida por el barítono Daniel Duno, quien entre sus principales cantantes tenía a Irma González, soprano mejicana y la soprano Virginia McWaters, norteamericana. Esta compañía se presentó en el Teatro Cápitol, pues era el salón más grande, con luneta y galería, un escenario bastante amplio, y al pie de éste el foso para la orquesta. Aquí asistimos a la representación de las óperas La Bohemia, La Tosca, El Barbero de Sevilla, Pagliacci, y Caballería

Rusticana. Asimismo. En este teatro se presentaron grandes solistas como Igor Piatigorski, Violoncellista; el guitarrista Andrés Segovia, el violinista Yehudi Menuhin, el tenor José Mojica, mejicano, quien primero fue artista de cine y luego se hizo sacerdote franciscano, y otros. En los otros teatros se presentaban operetas y zarzuelas como la Viuda Alegre, La Duquesa del Baltabarin, El Conde de Luxemburgo, y otras, pero nosotros ya no alcanzamos a ver estas representaciones y lo supimos por lo que contaba mi papá.

El Teatro Variedades

Cuando se trataba de ir al cine, íbamos al Cápitol, al Palace o al Variedades y solo eventualmente íbamos al Maya, pero nuestra preferencia era el Variedades. Este teatro estaba localizado de oriente a poniente, con sus puertas sobre la 6a. calle daban a un vestíbulo donde había varias carteleras con fotografías, posters y letreros anunciando las películas a exhibir. El interior estaba formado por varias partes, así: atrás y arriba estaba la galería que sobresalía sobre una parte de la luneta; la parte de atrás de la luneta, debajo de la galería siempre en la luneta, era la preferencia, solo separada de la anterior por una baranda de madera. Este era el lugar preferido por los novios, pues quedaba aislada de los asistentes a la luneta y era más oscuro. A los lados había dos palcos altos y dos palcos bajos. Las gradas para subir al palco alto estaban más o menos a unos tres metros de la galería, por lo que en cuanto se apagaban las luces se oían los golpes de los muchachos que se descolgaban a las gradas del palco y luego la carrera para perderse entre la luneta. La galería eran bancas corridas de madera, sin respaldo y la luneta eran sillas que en un tiempo fueron plegadizas, sin forro, unidas por la parte de atrás por una regla en grupos de 6 u 8 sillas. Algunas de estas sillas ya estaban desclavadas, por lo que algunas personas las tomaban para sentarse por otro lado más apropiado en cualquier lugar de la sala. Este cine lo lavaban eventualmente, por lo que mantenía un fuerte olor a creolina. Por esta razón entre los muchachos el cine era conocido como "el chincheró", igual que el cine Maya, porque decían que estaba lleno de pulgas y chinches. La gente que iba a la luneta trataba de quedar un poco retirado de la galería, porque a veces algunos orinaban o escupían a los de abajo.

Los domingos en la mañana (matinal) para entrar a la galería se pagaban Q. 5 centavos y junto a quien recibía el tiquet había otras persona obsequiando a cada uno un banano o una tostada con salsa o con frijoles. Quienes entraban a la luneta o preferencia pagaban Q. 10 centavos a la vez que les obsequiaban unos pases para entrar el día martes por la tarde a la mitad de precio. Quienes asistían a las funciones de la tarde o noche, en la galería se pagaba Q. 10 centavos y a cada uno le obsequiaban un banano o un pan francés con frijoles o una atostada con frijoles o con salsa, además, un pase para el día martes. Quienes asistían a la

luneta pagaban Q. 15 centavos en la tarde y Q. 20 en la noche, además les daban pases para entrar los días martes, jueves, viernes y sábado pagando la mitad de precio.

En aquel tiempo todavía no existía el cine sonoro, sino solo el cine mudo, con letreros intercalados entre los diálogos, además de que las películas eran solo en blanco y negro. En los cines Cápitol y Palace las funciones eran amenizadas por marimbas que tocaban en la oscuridad solo con una pequeña bombilla que apenas alumbraba el teclado. En otras oportunidades las amenizaba un pianista que también se alumbraba en forma muy tenue para no molestar a los espectadores. el cine Variedades amenizaba con discos de música clásica, por ejemplo, Caballería Ligera, algunas selecciones del Cascanueces de Tchaikovski, Peer Gynt de Grieg y otras.

Las películas que exhibían en el Variedades eran muy viejas, tales como Las Cuatro Marcadas, El Ojo del Toro, La Huella del Tigre y otras por el estilo. Después ya pasaron otras nuevas, algunas de vaqueros como las de Tim MacCoy y Tom Mix; algunas cómicas como las de Charles Chaplin y Harold Lloyd, Buster Keaton, Laurel y Hardy (el Seco y el Gordo) y Eddie Cantor; algunas de dibujos animados con Betty Boop y el payaso Ko-Ko, y otras más serias con artistas reconocidos. Con el tiempo ya fueron pasando películas con artistas como John Gilbert, Rodolfo Valentino, John Barrymore, Carol Lombard, Greta Garbo, Nancy Carol, y otros.

En el Variedades cuando terminaba una película, toda la gente especialmente la de la galería, se ponía a gritar "extra, extra..." hasta que en la pantalla aparecía proyectado un muñeco que tenía un ojo cerrado (ojo pache) y sosteniendo un letrero donde decía **Extra**. Entonces la gente se volvía a sentar para ver algún corto con un dibujo animado.

A media función había un intermedio que la gente aprovechaba para ir al baño o salir a la calle a comprar algo. Precisamente enfrente del cine había una tienda llamada Monja Blanca, la cual en ese momento se llenaba. La dueña y sus hijas no se alcanzaban para atender los pedidos de los clientes. Asimismo, en la banqueta se ponía una señora algo entrada en años, que vendía tostadas y panes. Esta señora religiosamente estuvo en ese lugar durante muchos años. De repente se ausentó y no se sabe o no se supo si murió.

El dueño del cine Variedades era don Mario Contreras del Aguila, un hombre bonachón y amigo de todos. Una noche nos sorprendió la bulla de que el Variedades se estaba quemando y como no existían los cuerpos de bomberos, el cine se consumió totalmente causando tristeza entre los habitantes del barrio y aún fuera

de él. Fue entonces cuando se construyó el que existe actualmente en la esquina de la 6a. calle y 4a. avenida, y en el predio donde antes estaba el cine hay actualmente varias casas de habitación.

Aparte de los cines mencionados, hubo otro llamado Teatro Verdi, propiedad de un señor llamado Antonio Caridi, situado en la 5a. calle entre 1a. y 2a. avenidas de la zona 1. Este teatro era muy pequeño, como un salón de actos de regular tamaño. La luneta eran sillas plegables, de madera, y la "galería" eran unos ladrillos que estaban en el suelo adelante, frente al telón o pantalla, por lo que los que se sentaban aquí tenían que ver hacia arriba. Nosotros para poder entrar repartíamos programas en las puertas de las casas. No recuerdo el precio de las entradas, pero ha de haber sido muy bajo, no solo por la calidad del cine, sino por la clase de películas que pasaban. Este teatro tuvo una duración muy corta, pues la gente no asistía, salvo quienes habíamos repartido programas.

Por los años 40 se construyó el cine Lux en el lugar donde se encuentra actualmente en la 6a. avenida y 11 calle, solo que ahora está modificado. Este cine se estrenó con una película llamada "Metropolitan" cuyo argumento, no lo recuerdo bien, pero se refería a las óperas que se presentaban en ese prestigioso teatro estadounidense.

Era un teatro de lujo donde se llevaban a cabo los actos conmemorativos de la Fiestas Patrias (30 de junio y 15 de septiembre), con la participación de la Orquesta Liberal Progresista (llamada así porque era el nombre del partido oficial en tiempos del General Jorge Ubico), la cual estaba dirigida por el maestro Gastón Pellegrini, quien vino a Guatemala como profesor de violín y viola, junto con el maestro Guido Gallignani como profesor de violoncello y contrabajo. En este teatro el maestro Stokowski dirigió la orquesta sinfónica de Guatemala.

En ese entonces el Conservatorio Nacional de Música también tenía una orquesta integrada por los estudiantes y reforzada por los maestros de cada instrumento. Como yo ya era un estudiante avanzado en el violoncello, también formé parte de esta orquesta. Un año, para un 15 de septiembre, el Ministerio de Educación dispuso que fuera la orquesta del Conservatorio la que tocara en el concierto del teatro Lux. Para nosotros, los estudiantes, fue una sorpresa y un honor que nos hubieran seleccionado para un acto tan solemne. La orquesta la dirigió el maestro Franz Ippisch, quien vino a Guatemala como director de la Banda Marcial y como profesor de Dirección de Orquesta en el Conservatorio. Poco antes que él habían venido a Guatemala Heinrich Joachim, como profesor de violoncello, y Diez Weissman como profesor de violín y viola. El maestro Ippisch murió en Guatemala; Joachim y Weissman se fueron a vivir a los Estados Unidos. A partir de este concierto nos invitaban a tocar en otros actos oficiales y privados.

El "Beneficio" en los Cines

Antes de que se emitiera el Código de Trabajo no existía en Guatemala la obligatoriedad del pago de aguinaldo navideño de parte del Estado ni de las empresas privadas. Entonces los empleados de los cines lograron que los dueños les obsequiaran los ingresos obtenidos en un día específico, cuyas funciones eran a "Beneficio" de los propios empleados.

Este día el cine correspondiente amanecía adornado con hoja de pino, adornos de papel de china y globos de colores. Las funciones se realizaban en tres tandas: la primera principiaba a las 8 de la mañana y terminaba a la una de la tarde; la segunda empezaba a las 2 de la tarde y terminaba a las 8 de la noche; y la tercera principiaba a las 9 y terminaba a la una de la mañana.

En estas funciones exhibían películas ininterrumpidamente. Se pagaban Q. 25 centavos por la entrada a luneta y eran de permanencia voluntaria, es decir, que la persona podía ver todas las películas de cada tanda sin hacer otro pago, pero eran pocos los que aguantaban permanecer tanto tiempo sentados viendo cine, por lo que la afluencia de gente se renovaba constantemente. Además había rifas y obsequios, y en el vestíbulo una marimba tocaba también en tandas de tres o cuatro piezas con pequeños descansos.

A la gente le gustaba estos beneficios, pues podía seleccionar la película o películas que más le interesaban, además de que sabía que los ingresos eran para los propios empleados.

Un medio de propaganda que tenían los cines eran las "ajeras" que eran una hojas de papel brillante, tamaño carta, dobladas a la mitad, donde se anunciaban a todo color determinadas películas que se consideraban de mucho éxito, con fotografías de los artistas y algunos pasajes de la película. Los muchachos intercambiaban "ajeras" para coleccionarlas.

Los Centros Nocturnos

El Salón Granada y Club Casablanca

Por los años 40 había varios centros nocturnos, entre ellos estaban el Salón Granada y el Ciro's, situados en la 6a. avenida y 11 calle; el Colonial en la 11 calle entre 6a. y 7a. avenida; El Gallito en la 9a. calle entre 8a. y 9a. avenidas; Las Democracias en la 9a. calle entre 10a. y 11 avenidas; y otros que no recuerdo. Posteriormente, en el año 1944 apareció el Club Casablanca.



El Salón Granada, propiedad de don Adolfo Ríos, estaba situado en la esquina nor-oriente de la 11 calle y 6ª avenida; y el Ciro's estaba enfrente, es decir, en la esquina nor-poniente de la misma esquina. Frente al Ciro's, esquina opuesta al Granada se construyó el cine Lux. La otra esquina sur-oriente estaba ocupada por el almacén La Flor de París ya desaparecido.

A finales del año 1943, recién egresado del Instituto Nacional Central para Varones, empecé a trabajar en el Salón Granada como Ayudante de Bodeguero, siendo mi jefe un indígena que ya tenía tiempo de trabajar aquí. Este Salón tenía como anexo una bodega grande en una habitación del antiguo convento de San Agustín, en el tope de la 11 calle y 5a. avenida, el cual fue demolido para dar paso a la 11 calle. Mi trabajo consistía en mantener surtida la bodega del propio Salón, por lo que regularmente tenía que acarrear licores, conservas, etc., desde la 5a. avenida al Salón. Mi sueldo era de Q.20.00 al mes, es decir, que semanalmente me pagaban Q.5.00.

El Salón tenía tres ambientes: el primero era una cafetería y fuente de soda que ocupaba la esquina de la calle, con tres puertas de entrada; una sobre la 6a. avenida, otra sobre la 11 calle y la de la esquina. Aquí había varias mesas donde la gente llegaba a tomar café, gaseosas, helados, etc., acompañado de pasteles que vendían en el segundo ambiente que era una pastelería. En un extremo de la cafetería había un pequeño mostrador, la caja registradora (de cigüeña), a la vez que se vendían dulces, cigarrillos, etc. En la pared lateral estaba la fuente de soda. Las bebidas calientes y los sandwiches los traían desde la cocina.

El tercer ambiente era el más grande. Aquí estaba la pista de baile, con unas mesas que la rodeaban, el bar y un pequeño lugar para la orquesta. De la 6 a las 8 de la noche tocaba un pequeño conjunto de cuerdas compuesto por tres violines, una viola, un violoncello, un contrabajo y un piano. Este conjunto tocaba solo música suave, pero popular, para amenizar la hora de la cena. A las 8 llegaba la orquesta de Guillermo Rojas para tocar música de baile. Como a la vez era restaurante, se vendían cenas y licores en general.

Como era el tiempo de la segunda guerra mundial, en la noche llegaban a bailar y cenar muchos gringos acompañados de "muchachas" para quienes su interés era obtener regalos o dinero en efectivo por "sus favores".

De ayudante de bodeguero me pasaron a cajero o sea para manejar la caja registradora, trabajando en turnos alternos así: un día trabajaba de las 8 de la mañana a la una de la tarde, y de 7 de la noche hasta la madrugada, sin hora fija, pues se cerraba el salón cuando ya no había clientes. A veces nos daban las 2 o

3 de la mañana. Al día siguiente trabajaba de la una de la tarde a las 7 de la noche, sin tener días de descanso. En este puesto ganaba Q.40.00, por lo que cada sábado recibía Q.10.00.

Como ya estábamos en 1944, el ambiente político se estaba poniendo un poco tenso pues acudían muchos estudiantes universitarios o profesionales de renombre. Por esta razón, cerca del Salón o adentro se mantenían policías judiciales, lo que causaba que la gente se retirara temprano y hubo días que cerrábamos a las 12 de la noche, cuando terminaba la función del cine Lux. Sobre la 11 calle, en la esquina de la 6ª. avenida, había un estacionamiento de taxis y los choferes, que se habían hecho amigos míos, cuando yo salía de trabajar en la madrugada, más de alguno se ofrecía a encaminarme hasta la esquina de mi casa. Yo vivía con mi familia en la 2ª. calle entre 6ª. y 6ª. avenida "A", la cual en aquel tiempo se llamaba Callejón de Soledad, que partía desde la plazuela de San Sebastián hasta la 1ª. calle de la zona 2 actual.

Durante el tiempo que trabajé en el Granada vinieron varios artistas internacionales, entre los que recuerdo especialmente a Pedro Vargas y una pareja de bailarines argentinos (no recuerdo sus nombres). Pedro Vargas actuó por cerca de una semana y, naturalmente, durante esos días el Salón se llenaba y nosotros teníamos que trabajar muy entrada la madrugada (tres o tres y media de la mañana).

Cuando estaba trabajando aquí, como en el mes de julio de 1944 llegó don Humberto "Chicuco" Palomo a ofrecerme trabajo en un centro nocturno que se inauguraría en el mes de octubre, ofreciéndome un sueldo de Q.60.00.

Efectivamente, en el mes de septiembre me retiré del Granada y empecé a visitar el nuevo centro que llevaría el nombre de Club Casablanca, propiedad de un señor de apellido Serrano, y Chicuco sería el Administrador.

El decorado interior del Casablanca era algo muy especial, pues en las paredes estaban simuladas, en relieve, construcciones y paisajes árabes, con almenas, palmeras, etc. Además, a un lado había una serie de reservados, así llamados porque estaban separados de la parte central por un pequeño muro con ventanas y cortinas. El techo estaba iluminado con muchas bombillas pequeñas que simulaban estrellas y en cierto lugar una media luna; además había reflectores colocados de tal forma que lanzaban una luz indirecta dejando la mayor parte en penumbra. El decorado interior lo completaban unos macetones con palmeras y faroles de cierto tipo oriental.

Al nomás entrar estaba el ropero donde la gente dejaba abrigos, sombreros, etc., y siguiendo recto de la entrada estaba el bar y la caja registradora. En el

fondo del salón estaba el escenario donde la orquesta de Salomón Argueta tocaba músicaailable. A propósito de Salomón Argueta, aparte de que era un gran marimbista tocaba clarinete y su orquesta se hizo famosa dentro y fuera de Guatemala, pero desafortunadamente, cuando volvían de dar un concierto patrocinado por el Ministerio de la Defensa, sus integrantes murieron en un accidente aéreo en El Petén, junto con otros artistas como la soprano Lilly Andreu Spillari; Paco Pérez y Manolo Rosales, cantantes y compositores; además el perifoneador Germán Bayer Santacoloma; el pianista Mario Lara, los pilotos del avión, y otras personas más. Solamente se salvaron Zoila Luz Estrada (cantante) y Antonio Almorza (locutor). Fue una gran tragedia que conmovió a toda Guatemala y sus funerales fueron una verdadera procesión de dolor. Los cadáveres fueron velados en el pasaje del Palacio Nacional y de aquí salió el entierro.

La inauguración del Casablanca se programó para el 19 de octubre en la noche y desde la 5 de la tarde ya estaba abierta la puerta. El interior estaba muy adornado con muchas flores y luces. Poco después fue llegando la gente, especialmente de la alta sociedad, incluyendo miembros del cuerpo diplomático y consular.

A las 7 en punto de la noche, la orquesta empezó a tocar el tema de la película Casablanca acompañando a Chicuco Palomo que tenía una voz de barítono muy bonita, lo cual fue celebrado con calurosos y largos aplausos de los asistentes, pues era algo novedoso. Luego la orquesta siguió tocando por tandas de 3 o 4 piezas. Paco Pérez se mantenía cerca de nosotros en el bar y cuando la orquesta empezaba a tocar la introducción de Luna de Xelajú, salía corriendo para cantar en el escenario.

Todo estaba muy tranquilo y muy alegre, cuando a eso de las 2 de la mañana, con la fiesta en todo su apogeo, se empezaron a oír disparos de cañón, de ametralladoras, y fusiles. Se iniciaba la Revolución del 20 de octubre de 1944, La gente salió despavorida y nos fuimos quedando solo los empleados hasta que como a las 7 de la mañana, cuando ya había estallado la Santa Bárbara del Castillo San José y todo se había calmado un poco, pudimos salir, pero con miedo porque se oían disparos por todos lados y los tanques recorrían las calles de la ciudad.

El Casablanca cerró sus puertas porque el nuevo Gobierno había declarado el toque de queda, creo que a partir de las 9 de la noche. Nosotros seguíamos llegando, pero solo durante el día y a las 7 de la noche nos retirábamos. Aún en esta situación, la gente llegaba a cenar y tomar algo, pero a cierta hora todos se retiraban. Por fin, a finales de noviembre se levantó el toque de queda y el salón volvió a funcionar como al principio, con la rutina de Chicuco, cantando el tema de Casablanca. En el transcurso de la noche volvía a cantar, pero entonces, como

había vivido mucho tiempo en Argentina, cantaba tangos como El Tango UNO, la Cumparsita y otros, además de algunas boleros de moda.

En eso llegó la Noche Buena y Año Nuevo. Nosotros, -meseros, cantineros, empleados de servicios y administrativo- en esas dos fechas principiábamos a trabajar a las 7 de la noche y salimos a las 8 de la mañana del día siguiente en lo que entregábamos cuentas, se recogían platos, vasos, manteles, etc., y se iniciaba la limpieza del salón, pues en la noche había que trabajar de nuevo. Como no había Código de Trabajo, no teníamos horas fijas de trabajo ni pago de horas extras.

Como el salón continuó funcionando normalmente, tuve la oportunidad de conocer a artistas como el tenor Alfonso Ortiz Tirado, los cómicos Los Kikaros, a la bailarina de ballet Irina Zaroba, la cantante mejicana Rosa María y otros.

También tuve la oportunidad de conocer el sistema de vida de mucha gente de la alta sociedad no solo por el dinero que despilfarraban, sino por sus virtudes y degeneraciones, como el caso de un muchacho que tuvo un fuerte altercado con su propio papá porque ambos tuvieron amores con la misma muchacha, pues siendo ella amante del papá aceptó los requerimientos del hijo, teniendo que intervenir los amigos para calmarlos.

En otra oportunidad, llegaron cuatro muchachas con un amigo, pero ellas habían manifestado del deseo de embriagarse. El, por complacerlas, le pidió al cantinero que le preparara un trago fuerte y cuando ellas lo tomaron lo sintieron muy suave y dulzón, por lo que le pidieron algo más fuerte. El cantinero, un hombre de experiencia como era don Antonio Pineda, le advirtió que lo que habían tomado era muy fuerte y que pasado un poco el tiempo les haría efecto. Ellas, no contentas, pidieron otro trago. El cantinero les preparó otro y después de tomarlo, una de ellas se quedó dormida sobre la mesa, dos vomitaron sobre el mantel y una más salió orinando hasta la calle. El chofer del taxi que las llevaría les dijo que esperaran hasta que esta muchacha terminara de orinar para dejarla entrar al vehículo. En fin, hay muchas cosas que contar, pero no vienen al caso.

Mientras tanto, el Salón Granada fue vendido a los españoles Manuel Fernández y Alejandro Diez, pero había decaído mucho. Una noche nos llegó la noticia de que el Granada se estaba quemando. Contaban que el incendio había sido intencional para cobrar el seguro y se lo achacaban a don Alejandro, quien huyó hacia México.

Pasó el tiempo. En julio de 1945 me retiré del Casablanca para ir a trabajar al Instituto Indigenista Nacional. Supe después que don Humberto Palomo había muerto y que el salón había decaído de tal manera que quebró y hubo que cerrarlo. Actualmente hay en ese lugar un parqueo de automóviles, pero todavía se ven en las paredes los restos del decorado de lo que fue el Club Casablanca.

Restaurante El Portal

En esta época y desde muchos años atrás venía funcionando un centro que, aunque no era propiamente un club nocturno, tenía mucha fama. Se trata del "Restaurante El Portal", situado en el Pasaje Rubio, precisamente donde convergían las tres entradas, o sea, de la 6a. avenida, de la 8a. y de la 9a. calles.

A este restaurante acudía mucha gente de diferentes niveles sociales para beber cerveza, la cual iba acompañada de diferentes clases de bocas, como deliciosos caldos y consomés, ensaladas de diferentes clases, trozos de carne, tostaditas con guacamol o con frijoles o con salsa, en fin, comida muy variada. También servían almuerzos y cenas de las 11 de la mañana hasta media noche. Todos los días desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde una marimba amenizaba la hora del almuerzo. Este restaurante todavía funciona, pero con otros dueños y no sé si conservan la misma fama de antes.

Educación Escolar

La Escuela Primaria y el Instituto Nacional Central para Varones

En esta parte quiero referirme especialmente a los años comprendidos entre 1928-1930 (?) hasta aproximadamente 1942 cuando salimos de bachilleres.

La mayoría de la gente de la clase media enviaba a sus hijos a las escuelas públicas (oficiales) pues eran reconocidas por la calidad y dedicación de los maestros, quienes tenían que preparar muy a fondo sus clases para poder transmitir sus conocimientos a los alumnos, pues no se contaba con el material didáctico como el que existe actualmente que le da tanta facilidad al maestro y a los alumnos. Las clases se impartían con el auxilio de los "pizarrones" de madera pintados de negro, donde se escribía con barritas de yeso (tiza). También tenían algunos cuadros que contenían el cuerpo humano, y algunos mapas de la República. Libros de lectura eran pocos. Las primeras letras se enseñaban con la cartilla de Mantilla y otros libros de lectura como El Quetzal. Habían unos libros de la Casa Central, adaptados a los diferentes grados, que contenían en forma resumida, todas las materias correspondientes. Como textos de estudio se conocían, para geografía la de Darío González, Vicente Rivas y José Víctor Mejía; para Historia la de Nicolás Estévez;

para gramática la de don José María Bonilla Ruano; para matemáticas el libro de don Lucas T. Cojulún. Ya en la secundaria se contaba con la Botánica y la Zoología de don Ulises Rojas, el álgebra de Baldor, la literatura guatemalteca de don David Vela, y otros.

Por otra parte, los maestros debían de tener un carácter muy firme para mantener la disciplina. A veces tenían que imponer castigos como hacer "sentadillas" y plantones. Un maestro tenía una regla con la que pegaba al alumno. Esta regla tenía un letreiro que decía: "**Pedagogía Práctica**". Otro maestro ataba un hilo de las "patillas" del pelo, por un extremo, poniendo al alumno de puntillas y el otro extremo atado a un clavo de la pared. Cuando, la falta era muy grave, el alumno culpable era llevado al centro del patio grande de la secundaria de la escuela, donde formaban a todo el alumnado (primaria y secundaria). Entonces el secretario leía la orden general indicando las causas e inmediatamente se decidía la expulsión del plantel.

En ese tiempo, a las escuelas primarias, especialmente a las escuelas públicas asistían alumnos de diversos estratos sociales, pues eran pocos los colegios privados. Entre esos recuerdo el Colegio La Juventud de don Leonidas Mencos, el Colegio La Preparatoria de la hermanas Molina Llardén, el Instituto Modelo de don Miguel Asturias Quiñónez, el colegio de señoritas Santa Rosa de doña Carmen Zebadúa de Méndez, el Colegio Variedades de doña Ernestina Mena de Reitz, el Colegio de Infantes dirigido por los sacerdotes de la Catedral, el Colegio San Sebastián en la parroquia del mismo nombre. Estos eran algunos de los más importantes, pues habían otros más pequeños como el Colegio de la señorita María Larrave situado en el Callejón del Colegio (de la Recolección), y el de las hermanas Alcántara, hijas de don Germán Alcántara autor del vals La Flor del Café. Años más tarde apareció el Colegio San Antonio (hoy Liceo San Antonio) de la parroquia de la Recolección, y otros. En estos colegios, donde se pagaba poco, asistían los hijos de familias de mejor situación económica.

En todos los centros educativos se impartían las clases de 8 a 12 y de 2 a 4 de la tarde de lunes a viernes, y el sábado solo de 8 a 12. Si por alguna causa un alumno se hacía acreedor a un castigo, tenía que quedarse en la escuela hasta las 5, sin importar la distancia que tenía que recorrer entre su casa y la escuela y si estaba lloviendo o no. He de hacer constar que las edades de los alumnos en la escuela primaria oscilaban entre los 7, 14 o 15 años, y a veces más. Después de las horas de clase tenían que hacer sus "deberes" (tareas); además tenían una alimentación deficiente y se mantenían propensos a enfermedades que ahora casi se han erradicado como el sarampión, la tifoidea y otras propias de los niños, especialmente el parasitismo intestinal que en aquel tiempo tanto les aquejaban. Todo esto causaba dificultades o retraso en los estudios de los alumnos.

Un problema que era muy común en las escuelas eran los piojos que por falta de aseo personal abundaban entre los niños, hombres o mujeres, tomando en cuenta que muchos de los alumnos procedían de hogares muy pobres. Recuerdo que cuando llegábamos a la escuela y nos formaban antes de entrar a clase, el maestro nos revisaba las uñas, los dientes y los zapatos, pero pocas veces se preocupaban por ver si los alumnos tenían piojos. Cuando se notaba en un grado la existencia de piojos entre los jóvenes, daban parte a los padres, quienes aplicaban en la cabeza del niño loción de **Flit** (un insecticida), luego se le cubría con un lienzo blanco y al día siguiente lo peinaban con peines finos especiales para eso. Las liendres las quitaban con las uñas. Generalmente, después de aplicar ese remedio, el muchacho era llevado a la peluquería para pelarlo al rape.

Como no existía la enseñanza parvularia, como hay ahora, se ingresaba a la escuela a los 7 u 8 años de edad. Cada alumno llevaba sus lápices, cuadernos, un canutero con una pluma para la clase de caligrafía, y un tintero pequeño que en las tiendas costaba Q. 15 centavos; no se pensaba entonces en los bolígrafos. Además se llevaba una pequeña pizarra y un pizarrín con una pequeña almohadilla húmeda para borrar. Estas pizarritas eran de diferentes tamaños, hechas con esta piedra, lisas y encuadradas en un marco de madera. Se escribía con los pizarrines (tipo de lápiz) hechos de la misma piedra. Había que tener mucho cuidado para tratarlas, porque fácilmente se rompían. Después aparecieron las "pizarras" hechas de hojalata, pintadas de negro, donde se escribía con los mismos pizarrines.

Cuando ingresé a la escuela primaria de aplicación de la Escuela Normal Central para Varones a primer grado de primaria, mi primera profesora fue la señorita Olimpia Gálvez, hermana del Director de la Normal, Prof. Florencio Gálvez. Esta señorita nos enseñó a leer y escribir. Solo recuerdo que era muy cariñosa con nosotros y con mucha paciencia, pues a esa edad ya costaba un poco más enseñar.

Nuestra aula (o clase, como la llamábamos) era pequeña. Recibíamos las clases en pupitres de madera con armazón de hierro, unidos por las patas con una regla larga para que no se movieran; en el tablero había un agujero donde se colocaba el tintero. A pesar de que el número de alumnos era relativamente pequeño, por cualquier razón olvidé caras y nombres de quienes fueron mis primeros compañeros de escuela. Sin embargo, durante mi paso por la primaria de la Normal, recuerdo varios maestros como la señorita Olimpia Gálvez, don Jorge Sáenz Rojas, don David Tercero Duarte quien después fue Embajador, don Gonzalo Sagastume (don Chalo), don Mariano Guzmán (don Marianito), don Mauselio de León, don Eliú Prado a quien años después lo vi en la calle vendiendo números de la lotería, don Jesús Castro (don Chus), don Marco Aurelio Chavarría, y don Carlos H. Secaira que fue para nosotros nuestro último maestro en 6to. grado cuando terminamos la primaria para pasar a la secundaria (o nivel medio, como dicen ahora).

Como dije antes, las clases se recibían de lunes a sábado. Pero había algunos sábados que nos llevaban "a paseo". Generalmente íbamos al Hipódromo del Norte, donde primero visitábamos el Mapa en Relieve teniendo al maestro como guía. Después nos dejaban ir a jugar a los resbaladeros y columpios que había en el fondo. A las 11 nos reunían y regresábamos a la escuela. En otras oportunidades nos llevaban al Cerro del Carmen o al zoológico de La Aurora; a este lugar teníamos que llevar nuestro almuerzo porque nos íbamos a pie viendo las estatuas de la Avenida de la Reforma.

Algo que nosotros esperábamos era la celebración del 15 de septiembre, Día de la Independencia, pues días antes los profesores de Educación Física, don Efraín de León y don Rodolfo Lorenzana nos ponía a marchar en el patio grande, a veces junto con los alumnos de la secundaria, preparándonos para el desfile que partía del parque central y terminaba en el Hipódromo del Norte. En el trayecto, por toda la 6ª. avenida, la gente se ponía a la orilla de la banqueta para vernos pasar. Naturalmente, nosotros pasábamos muy erguidos somatando los tacones, como si solo vieran a cada uno de nosotros. Así iban todos los centros educativos y al llegar al hipódromo, al pie del Templo de Minerva, donde ahora está el diamante de beisbol, ponían un estrado donde se situaba el Presidente de la República, General Jorge Ubico, con todos sus ministros y otros invitados. Aquí se llevaban a cabo los actos protocolarios con discursos que a nosotros, como no muy los entendíamos, nos parecían aburridos.

Al terminar los actos se retiraba el Presidente y como a la una de la tarde, bien asoleados y cansados volvíamos a la escuela, donde nos obsequiaban con sandwiches y refrescos. Después todos a sus casas.

En ese tiempo a todos los patojos del barrio nos gustaba ir a ver el desfile del 30 de junio, Día del Ejército, que se celebraba en conmemoración del triunfo de la Revolución de 1871, especialmente para ver volar los aviones franceses marca "Potez" utilizados en la Primera Guerra Mundial, siendo instructor de aviación el Coronel Henri Massoth, que fue quien inició la organización de la fuerza aérea de Guatemala.

Estos aviones eran grandes, oscuros, pesados, lentos, que aparte de hacer algunas evoluciones, tiraban al blanco con ametralladora a unos blancos pintados con cal en el barranco, al otro lado de lo que hoy es la Calzada Vista Hermosa en la zona 15, al costado del Campo de Marte. Cuando ya estábamos en el Instituto Nacional Central para Varones, para esta fiesta había dos desfiles: uno el día 29 que era el desfile escolar, y otro el día 30 que era el del Ejército. El primero era organizado por el Negociado de Deportes de la Secretaría de Educación Pública (hoy Ministerio de Educación), cuyo jefe era el entonces Capitán Ramiro Gereda Asturias.

A las 7 de la mañana se reunían en los alrededores del parque Morazán todas las escuelas públicas y colegios privados. A las 8 se iniciaba el desfile para terminar en el Campo de Marte, donde cada establecimiento ya tenía un lugar especial y los alumnos se paraban en unos círculos hechos de cal. En cuanto llegaban las autoridades, el coordinador que era don Rodolfo Lorenzana, desde la tribuna y por los altavoces empezaba a gritar "párense en sus tortas" e inmediatamente comenzaba la gimnasia rítmica, lo cual terminaba aproximadamente a las 12 del día. Después los alumnos desfilaban hacia la calle donde cada uno se dirigía a su casa.

Al día siguiente, el 30 de junio, era el desfile militar precedido por la Escuela Politécnica, seguida por todos los centros militarizados, los soldados de los cuarteles tanto de la ciudad como de algunos departamentos. Después desfilaban las compañías de "voluntarios" que venían de los departamentos, unos con sus trajes típicos como los de Chichicastenango, Sololá, Nahualá, Totonicapán, Chimaltenango y otros. También venían de otros departamentos, sin traje típico, como los de Jalapa, Villa Canales, Pinula, etc. Por último pasaba la caballería y las piezas de artillería que eran tiradas por mulas, después los camiones de transporte y los de sanidad militar.

Cuando ya todos estaban reunidos, el presidente, General Ubico, se encaminaba al Campo de Marte montado a caballo acompañado de otros generales y jefes del Estado Mayor Presidencial, siendo recibido en el campo con fanfarrias y miembros del protocolo.

Al terminar los actos protocolarios, comenzaban las evoluciones de los soldados con formaciones de orden cerrado. El año 1941 fue muy importante para el Instituto Nacional Central para Varones, pues como acto especial fue su participación. Después de varias evoluciones dirigidas por el Coronel Marco Aurelio Mérida, Director del Instituto, las cuatro compañías se formaron en fila y el propio Presidente le hizo entrega oficial de la bandera, lo cual constituyó motivo de orgullo para todos nosotros. Al terminar los actos volvimos al Instituto, donde el Coronel Mérida nos dirigió una arenga muy sentida, felicitándonos muy efusivamente por nuestra actuación.

A todo esto ya eran las 4 de la tarde sin comer nada, pues desde las 6 de la mañana que nos habían citado, no habíamos probado bocado. Como algo especial, nos permitieron usar el uniforme de gala, sin correa, para lucirlo en las diversiones que se llevaban a cabo durante la tarde y noche de ese día en el parque central. Naturalmente, cuando esto sucedió ya estábamos militarizados.

Antes de eso, poco a poco fueron introduciendo el uso de fusiles en los institutos y algunos colegios privados, teniendo como instructores a oficiales del ejército que enseñaban el manejo de las armas. Recuerdo que en la secundaria nos dieron unos fusiles cortos que llamaban "tercerolas". Así comenzó la militarización de los centros oficiales. Esto fue más o menos en 1939. El primero que fue militarizado fue la Escuela Normal Central para Varones, la cual la trasladaron de su edificio de la 3ª. avenida a donde se encuentra actualmente en la zona 13 y los alumnos quedaron en calidad de internos. Como yo estaba estudiando en el Conservatorio, mi papá me trasladó al Instituto Nacional Central para Varones. A la Normal la siguió en militarización la Escuela de Agricultura y después la Escuela Normal para Maestros Rurales "Uruguay".

Por último fue el Instituto, lo cual sucedió así: Un día lunes cuando nos presentamos al Instituto antes de las 7 de la mañana, nos llamó la atención de que en la puerta habían unos militares que nos hacían pasar al interior. La campana que siempre había estado colgada en el corredor, cerca de la puerta de entrada que servía para avisar el principio y terminación de los períodos de clase, así como la entrada y salida de alumnos, había desaparecido y en su lugar estaba un corneta de órdenes, un soldado joven que solo indentificamos como de apellido Cumes, quien a las 7 en punto tocó el clarín y un oficial, el Teniente Manuel Lisandro Recinos, parado a medio patio, nos mandó a formar frente a cada una de nuestras aulas. Inmediatamente salió uniformado el Director, Coronel Marco Aurelio Mérida, acompañado del Secretario, don Julio L. Sandoval, también con uniforme militar, para leer la Primera Orden General, cuyo contenido se refería al Decreto de militarización del Instituto, mencionando los nombres de los nuevos inspectores.

Entre el personal militar que integró el cuerpo de inspectores del Instituto, recordamos:

Coronel Marco Aurelio Mérida, Director
 Coronel Alfonso Algara Piloña, Subdirector, quien fue sustituido por el Coronel y Licenciado Ricardo Fernández
 Tenientes: Mauricio Dubois, José Trinidad Oliva, Oscar H. Moncada, Víctor M. Morales, Héctor Medina Coronado, Cristóbal V. Monzón, Maximiliano Müller, Manuel Lisandro Recinos, Daniel Coronado Urrutia, Rigoberto Nájera, José Conde. Algunos de ellos formaron parte de la Junta de Gobierno en 1954.

Bajo el régimen militar, nuestros castigos eran diferentes: horas de plantón simple, plantón con armas, dependiendo de la gravedad de la falta el número de armas que teníamos que cargar; arrestos sábados y domingos, "culiche simple" (mantenerse en cuclillas sobre las puntas de los pies), "culiche con armas", o correr varias vueltas al patio, todo esto sin tiempo determinado.

En esta situación pasó todo el año 1941. Teníamos dos uniformes: uno de diario de color kaki, con birrete; y uno de gala: pantalón blanco con una cinta azul a los lados, guerrera azul, camisa blanca con corbata negra, y kepis blanco. En los desfiles o actos oficiales nos ponían correaes blancos y si solo salíamos a comisiones o por cualquier otro motivo que teníamos que usar uniforme, solamente llevábamos cinturón blanco sobre la guerrera.

En cuanto comenzó la militarización, hicieron los nombramientos (de dedo) de los grados o clases entre el alumnado. A mí me correspondió ser Sargento Segundo, encargado de una sección de clases, responsable del orden y disciplina de la misma, y dentro de la formación general, yo era Sargento Segundo de la Primera Sección de la Primera Compañía. Las armas que usábamos eran unos fusiles calibre 45 conocidos como Reyna Barrios, que fuimos a recoger al Antiguo Castillo de San José, donde ahora se encuentra el Centro Cultural "Miguel Angel Asturias".

A nuestros maestros, o por lo menos a la mayoría de ellos, no les gustaba el régimen, pero tenían que soportarlo para evitarse castigos, pues ellos también tenían grado militar, aunque no llegaran uniformados a impartir sus clases.

Entre los maestros podemos recordar a los siguientes: Lic. Francisco Guerra Morales, conocido como "Pancho Caulas"; Lic. Salvador (Shero) Vides, Dr. Julio García Archila, Dr. Gustavo Castañeda, Lic. Diego Meany, Lic. José Mata Gavidia, Lic. Enrique Muñoz Meany, Lic. Manuel Galich, Dr. Jorge Luis Arriola, Prof. Luis Raúl Arango, Prof. Ulises Rojas, Prof. Humberto Carrillo Ramírez, Lic. Francisco Gularte, Dr. Carlos Enrique Pomés, Prof. Federico Sagastume, Prof. Tomás Casella, Lic. Tomás Rodas, Prof. Augusto Castañeda, Prof. Arnulfo Maldonado, Lic. Lisandro Verganza, Prof. Francisco Guzmán, Prof. Augusto Pinágel, Prof. Rafael Iriarte, don Alberto Amézquita que daba Educación Física, y el Maestro Augusto Cuéllar que daba música y canto.

El Maestro Cuéllar dispuso organizar un conjunto musical el cual lo integramos Carlos Enrique Peralta Méndez, piano; Jorge Moncrieff, violín primero; Rafael Sabbagh, violín segundo; y yo el violoncello. La primera presentación la hicimos para el aniversario del Instituto el 1 de agosto de 1941. Al mismo tiempo, el maestro Cuéllar organizó el coro del Instituto. Recuerdo que entre su repertorio puso "Aria de los Herreros" de la ópera El Trovador de Verdi.

Con todo el alumnado del Instituto se formaron cuatro compañías de aproximadamente 100 hombres cada una. En determinadas horas de la semana recibíamos una clase llamada "Parte Militar" que consistía en saber todo lo que se refería a la milicia: Organización, funciones, obligaciones de los jefes y oficiales

etc. Además teníamos instrucción militar que consistía en marchar con armas o sin ellas en el patio, haciendo formaciones diversas y trotando alrededor del patio.

Algunos sábados nos llevaban a tirar al blanco en el polígono del Campo de Marte, y otros sábados nos llevaban a lo que llamaban "práctica de campaña" fuera de la capital. Algunas veces fuimos por lo que ahora es la zona 16 (Santa Rosita, Acatán, Las Vacas y lugares aledaños), entonces yo era el jefe de gastadores.

Otros sábados nos llevaban por la finca El Naranjo, entrando por La Barranca, al final de la 6ª. calle poniente, por donde ahora está el puente del Incienso. En esta finca simulábamos ataques y avances, corríamos y nos tirábamos al suelo. Como había ganado vacuno, había mucho estiércol seco y cuando estábamos boca abajo se lo lanzábamos al Teniente José Trinidad Oliva (alias Gunga Din) que era nuestro jefe de sección e iba adelante de nosotros. Le lanzábamos el estiércol y nos agachábamos con la cara en el monte. Oliva inmediatamente reaccionaba y se volvía para ver si podía descubrir quién había sido y como no sorprendía a nadie, nos decía: "hijos de la gran p..., esperen a que llegemos al Instituto".

Para estas prácticas de campaña, habían modificado un poco el uniforme. En lugar del birrete nos dieron sombreros de palma pintados de verde con pintura de aceite, que imitaban los cascos de los soldados.

Para el mes de febrero de 1942 el Ejército programó una Práctica de Campaña en grande a desarrollarse en la Finca Bárcenas en Villa Nueva, con la participación de todos los institutos militarizados, los cadetes de la Escuela Politécnica y soldados de algunos cuarteles. La salida para Bárcenas estaba programada para el 12 de febrero pero lamentablemente la noche del 11 murió mi papá y ya no pudimos participar mi hermano Fernando y yo. Coincidentemente, mi papá que era músico compositor e intérprete de guitarra había compuesto una marcha militar que intituló "Instituto Nacional" y la partitura final (hecha con canutero y tinta china) la terminó en ese mes y la carta con la cual se la envió al Director, Coronel Marco Aurelio Mérida, está fechada el 9 de febrero de 1942. Como anoté anteriormente, mi papá falleció el 12 de ese mes.

Pocos días después regresaron todos de Bárcenas y quienes estábamos cursando el 4o. año de secundaria, preparamos nuestro examen general privado (no había examen público) para graduarnos de bachilleres en Ciencias y Letras. Aquí terminaron nuestros estudios y cada uno se dedicó a diferentes actividades.

Debo hacer mención que la Sección "B" del 4o. año, fue la más rebelde que había en el Instituto. No llegó a aceptar la militarización. Algunos maestros, en las clases, también lo decían y a nosotros cada poco tiempo nos castigaban por rebeldía, por desorden, por desobediencia, etc. Una de estas situaciones le costó la placa de Sargento Primero al ahora Ingeniero Miguel Angel Canga Argüelles, ex-Rector de la Universidad del Valle.

El Director, Coronel Mérida, parece que tampoco estaba muy convencido y nos evitaba ir arrestrados al Cuartel General del Ejército como era su obligación; prefería llamarnos la atención y castigarnos en el interior del Instituto.

Al salir del Instituto, toda la promoción se reunía para cenar en algún restaurante e invitábamos al Coronel Mérida, a Mito Recinos y algunos profesores que nos mostraron siempre mucho cariño y comprensión.

El Conservatorio Nacional de Música y Declamación

Al hablar de la educación hay que hacer mención del Conservatorio, de donde egresaron muchos buenos músicos y que por muchos años formaron parte de la Orquesta Liberal Progresista y después de la Orquesta Sinfónica Nacional.

El antiguo conservatorio se localizaba en el mismo lugar donde se encuentra actualmente, solo que en aquella época ya era un edificio antiguo, de una sola planta. El edificio estaba rodeado por un jardín que lo formaban varios arriates, y este jardín estaba protegido por una baranda de hierro, con una puerta grande en la propia esquina, separada del edificio por unos diez metros.

La puerta de entrada era bastante elegante, de madera con vidrios, con unos jaladores y picaporte de bronce. Esta puerta daba a un vestíbulo redondo con varias ventanas que daban a la calle y con sillas adosadas a la pared. Al lado izquierdo del vestíbulo había una puerta que era la de la Dirección, y otra al lado derecho que era la Inspección General. Al fondo estaba la entrada al salón de actos con un escenario. Dicho salón tenía a la mitad dos puertas, una de cada lado, que daban a los corredores donde estaban las aulas. En el patio posterior, atrás del salón de actos, había unos pequeños cubículos que servían para estudiar. Al final del corredor de la derecha, sobre la 5ª. calle, donde está ahora la Escuela de Danza, estaba el internado, donde vivían varios alumnos procedentes, en su mayoría, del interior de la República, y más al fondo estaba la casa del Director. Los internos, aparte de su instrumento, recibían las clases correspondientes a la escuela primaria.

Cuando Heinrich Joachim era Director, el miércoles de cada semana en el salón de actos se llevaba a cabo una primera eliminatoria de alumnos que preparaban alguna composición para tocar en público; naturalmente esta presentación era más en privado. Luego, cada 15 días, el día viernes, se presentaban quienes habían sido aprobados en las presentaciones anteriores; y el último viernes del mes, era el concierto extraordinario donde participaban los finalistas. Los participantes podían ser solistas o grupos de cámara (dúos, tríos, cuartetos, etc.) Después de pasar las eliminatorias, yo toqué en un concierto del mes una sonata, acompañado al piano por el Maestro Augusto Cuéllar. Además estaba la orquesta integrada por alumnos y maestros.

Entre los maestros de aquella época recuerdo a los siguientes:

Solfeo: don Rafael Alvarez, don Jose Arce y don Alfredo Pinillos. Yo fui alumno de don Rafael Alvarez.

Violín: Agustín Donis Andrés Archila, Gastón Pellegrini y Diez Weismann.

Viola: Gastón Pellegrini y Diez Weismann.

Viloncello: Guido Galignani y Heinrich Joachim

Contrabajo: Guido Galignani y José de Jesús Mendoza

Flauta: German Arturo Paniagua

Oboe: Manuel Gómez

Corno: Efraín Flores

Clarinete: Jose Gatica

Fagote: Ignacio Vidal

Trompeta: Alfredo Pinillos

Piano: Georgette Contoux de Castillo, Salvador Ley, Raúl Paniagua, Indalecio Madariaga.

Canto: Dr. Carlos Enrique Andreu

Correpetición: Augusto Cuéllar

Dirección de Orquesta : Franz Ippisch

Declamación: Aracely Palarea de Luna

De este Conservatorio egresaron músicos de alta calidad como Eduardo Rodríguez Rouanet, el primer pianista egresado; Manuel Herrarte, José Arévalo Guerra, Mario Lara, pianistas; Violinistas: Jose Luis Avelar, quien después fue profesor de violín y durante muchos años violín concertino de la Sinfónica; Carlos Ciudad Real, Gabriel Castellanos, Alberto Pinillos, Carlos Rizzo, Enrique Raudales y otros. Violistas: Humberto Ayestas y Edgar Milton Cabnal; Violoncellistas: Eduardo Ortiz Lara, Manuel y Alfonso Alvarado, Miguel Menéndez Recinos, Fernando Penagos, Juan José Archila. Contrabajistas: Luis Rodríguez Rouanet, José de Jesús Mendoza, Mario González y Vitalino Coronado. Cantantes: Dolores Batres de Zea, Yolanda Gutierrez de Paniagua, y otros más que no recuerdo. en los años

subsiguientes han egresado muchos más, pero especialmente en el nuevo edificio del Conservatorio.

En el parque de Santa Catalina, esquina de la 3a. avenida y 5a. calle de la zona 1, se mantuvo durante mucho tiempo un monumento que contiene un medallón con la efigie de Beethoven, hecho por el artista guatemalteco Rafael Rodríguez Padilla con motivo del primer centenario de la muerte de este insigne músico. Cuando el Conservatorio fue reconstruido, este monumento fue removido del parque e instalado en el vestíbulo del establecimiento que es el lugar donde debe estar. El monumento tiene una leyenda que dice:

La Unión Musical de Guatemala en
sesión celebrada el 10 de febrero de 1927
acordó erigir este monumento como un
testimonio de respeto a la memoria y de
admiración a su obra musical.

Julio Pérez, Presidente
Bernardo de J. Coronado, vocal 1o.
Víctor M. Medina, Vocal 2o.
Jorge Cruz Sáenz, Vocal 3o.
Rafael Vásquez A., Secretario

Abajo de esta leyenda hay otra lápida que dice:

1827

Beethoven
1927

El Coro Guatemala

Durante la época de la Revolución de 1994 se creó el Coro "Guatemala", cuyo organizador y Director fue el maestro Oscar Vargas Romero, quien, cuando principió la Liberación en 1954 tuvo que emigrar a la América del Sur, específicamente a Ecuador, donde vive actualmente. Siguiendo sus inclinaciones musicales, Vargas Romero organizó en ese país un coro patrocinado por el Gobierno.

El Coro Guatemala alcanzó un gran prestigio dentro y fuera de Guatemala, pues realizó algunas giras por diversos países obteniendo muchos éxitos

por su calidad interpretativa tanto de la música guatemalteca como de otros autores extranjeros y de diferentes épocas. Cuando el maestro Vargas Romero se retiró, el coro quedó en suspenso y hasta algunos años después volvió a organizarse por iniciativa del maestro Doctor Felipe de Jesús Ortega, como dependencia del Ministerio de Educación; más tarde pasó a ser dependencia del Ministerio de Cultura y Deportes con el nombre de Coro Nacional, que es reconocido nacional e internacionalmente.

Fiestas Religiosas

Estas fiestas por cortas o pequeñas que fueran, siempre constituyeron para nosotros un motivo de alegría y distracción, especialmente porque nos permitía tocar las campanas de la Iglesia la Recolectión.

El Jubileo Circular

En Guatemala todavía se acostumbra el Jubileo Circular o sea que cada iglesia durante tres días expone el Santísimo Sacramento o sea "Nuestro amo" ("Nuestro amo", como dice la gente), siendo objeto de veneración con misas y rezos. Se le dice circular, porque durante todo el año, con excepción de la Semana Santa, esta veneración se mantiene rotativa en todas las iglesias. En nuestro tiempo solo se veía el Circular en las iglesias de una en una, pero con el crecimiento de la ciudad se han construido más iglesias, por lo que actualmente se lleva a cabo esta celebración de dos en dos, una en cada zona.

Cuando el Circular estaba en la Recolectión, los patojos tenían autorización para subir al campanario y tocar las campanas para llamar a misas y a rezos previos al momento de "cubrir" al Santísimo, lo cual se efectuaba aproximadamente a la 7 de la noche, hasta el día siguiente cuando se "descubría" nuevamente. El último día del Circular se cubría definitivamente para volver meses después en la fecha que le correspondía.

Como el repique de las campanas tardaba un poco y los patojos éramos varios, nos turnábamos para tocarlas uno por campana, con excepción de las volteadoras que por pesadas necesitaban más esfuerzo y debían tocarse de dos en dos para darles vuelta.

Corpus Christi

Otra fiesta muy alegre era la del Corpus Christi. El jueves de Corpus se celebra todavía en la Iglesia Catedral Metropolitana. Este día, nosotros los de la Recolectión, sólo íbamos a comprar peras y membrillos o a tomar atol de elote y

hacer bromas con las patojas con el intercambio de la "paloma" de algodón que los hombres daban a las mujeres, y el "mico" que las mujeres daban a los hombres.

Pasado este día, en los domingos subsiguientes, el Corpus se celebraba en otras iglesias. En la Recolectación era de gran relevancia pues se convertía prácticamente en un feria cantonal, pues como la plazuela solo tenía grama, desde varios días antes se instalaban juegos mecánicos como el "**chicotazo**", una rueda de caballitos un poco grande que era movido por un motor de gasolina, una rueda más pequeña movida por el esfuerzo de los dueños, ayudados por una cigüeña, y las "**sillas voladoras**"; además había loterías y ventas de comida y juguetes. Algunas personas llegaban a vender atol de elote, elotes cocidos y tamalitos (chuchitos y de cambray).

Para nosotros el Corpus de la Recolectación era nuestra fiesta pues acudía gente no solo del barrio sino de otros lugares, pues se había hecho famosa precisamente por su alegría. Además en algunas casas se organizaban zarabandas como la que ponían en el Callejón del Colegio No. 4 (numeración antigua), donde la gente llegaba a bailar con marimba pagando algo por entrar (o por pieza). No sé cuánto se pagaba pues no dejaban entrar a los patojos, por eso, nuestras diversiones consistían en subir a los juegos, jugar lotería o solamente pasear con nuestras amigas. Esta forma de celebración de los Corpus de las iglesias las prohibió e entonces Arzobispo Mariano Rossell y Arellano, dejando solamente las ferias cantonales de los barrios como Santa Marta, el Gallito, el Guarda Viejo y el Cerr del Carmen, reduciendo la fiesta a los ritos religiosos en el interior de los templos y la procesión del Santísimo por las calles adyacentes, acompañada de una pequeña banda de música, con quema de cohetes y bombas voladoras; lo que todavía se hace es colocar altares en los zaguanes de determinadas casas donde el Santísimo se detiene para rezar una "estación".

En la Recolectación esta fiesta tardaba una semana, solamente el aspecto religioso (misas, rezos, procesión) se celebraba únicamente el primer domingo. Otro Corpus muy alegre era el de San Sebastián, también con juegos mecánicos, loterías, etc.

La Quema del Diablo

Esta fiesta también era motivo de júbilo para toda la patojada, pues desde varios días antes los muchachos del Callejón del Colegio empezaban a recolectar chiribiscos donde lo de Bran o en el Sauce, así como viruta que les regalaban en las carpinterías. Desde antes de las 6 de la tarde del día 7 de diciembre ponían a media calle todo lo que habían recolectado, además agregaban basura

especialmente papeles. En algunas casas aprovechaban para quemar colchones viejos y otros desechos. A las 6 en punto se le prendía fuego a todo esto formando grandes fogatas, las cuales a la 7 u 8 de la noche todavía estaban ardiendo, hasta que las mamás salían a echar agua para apagarlos.

Actualmente en el Callejón de la Recolectación se sigue esta tradición de quemar basura, solo que ahora las fogatas son más pequeñas, pues a las 7 de la noche sale de este templo el Rezado de la Virgen de Concepción a recorrer algunas calles del barrio y en cuanto sale de la iglesia pasa por el callejón, por lo que para esa hora la calle ya está barrida y lavada; además los vecinos colocan focos en las ventanas para iluminar el paso del Rezado, el cual va acompañado por una pequeña banda de música.

En tiempos pasados, el día 7, cuando entraba el Rezado de la Virgen, presentaban en el atrio el baile de los gigantes. Algunas veces, durante el día, antes del rezado, lo sacaban a bailar en las calles aledañas al templo.

Día de Guadalupe

Esta fiesta siempre fue muy alegre en el Santuario de Guadalupe que, cuando éramos patojos, el templo que existía no era el actual. El Terremoto de 1917-1918 derribó el que había (yo ya no lo conocí), y provisionalmente se construyó una especie de galera muy grande que consistía en una pared que circundaba el predio. Esta pared medía aproximadamente tres metros de alto y de aquí partía una construcción de madera o sea la galera cubierta con tablas hasta una altura aproximada de 20 metros y con techo de lámina. Este era el Santuario donde todas las tardes se impartían clases de doctrina y el encargado de esto era un lego llamado Manuel Ayala. El preparaba a los niños, quienes el 12 de diciembre hacían su primera comunión.

El capellán del Santuario era el Padre Julio Martínez Flores, hombre muy delicado y muy enojado. Por cualquier cosa regañaba a la gente, incluso a los que llegaban tarde a la misa. Cuando ya había empezado la misa ponía una cadena en la puerta para que nadie saliera o entrara. Pero a la vez era muy emprendedor, pues por diferentes medios fue reuniendo el dinero necesario para la construcción del nuevo santuario. Las malas lenguas decían que con el dinero recaudado había construido otras casas de su propiedad, por lo que los estudiantes universitarios en su Huelga de Dolores lo sacaban como el Padre Julio Casas o le decían el Padre y sus casitas.

El día 11, como todavía se hace, se llevaba a cabo la Serenata a la Virgen. La gente asistía a pasear, tomar batido caliente en jicaras, comer buñuelos, tama-

les y otras golosinas. Por mucho tiempo esta serenata era algo agradable, pero con el tiempo fue degenerando con la presencia de personas que solo llegaban a hacer desorden. Ahora no sé como es la serenata pues hace muchos años que no vamos.

En ese entonces ya existía la costumbre de vestir trajes típicos, lo cual lo hacían niños, niñas, señoritas y aún personas grandes, para visitar el Santuario y acompañar la procesión de la Virgen en todo su recorrido; incluso, en ese tiempo en algunas casas organizaban fiestas donde todos los invitados asistían vestidos con traje típico. Ahora es raro ver patojas de más de 15 años vistiendo estos trajes. Son solo los niños desde muy tierna edad que los visten y a los hombrecitos les pintan bigotes con tizne de corcho quemado.

La procesión de la Virgen salía aproximadamente a las 3 de la tarde, pasando por la Recolectión a las 4 o 4:30. Entraba al templo donde se le rezaba y seguía su recorrido. En las calles por donde pasaba, la gente ponía arcos con flores o frutas. La procesión entraba a las 9 o 10 de la noche. Actualmente el recorrido es al revés. Por la Recolectión pasa como a las 8 de la noche y entra al Santuario como a las 11.

Según me informó el Lic. Miguel Álvarez Arévalo, la imagen que llevan en hombros en la procesión del 12 de diciembre, fue esculpida por los hermanos Juan y Santiago Lanuza en el siglo XIX; la que se venera en el altar mayor la hizo el escultor guatemalteco don Santiago Rojas a mediados del presente siglo. Ahora, el cuadro original que se encontraba en el altar mayor del antiguo Santuario, pintado en el siglo XVIII, cuando se construyó el nuevo templo, el Padre Julio Martínez Flores lo puso en una capilla especial en el mismo templo, que es donde se encuentra actualmente.

Semana Santa

Para los patojos la Semana Santa era lo máximo, especialmente por las procesiones de la Recolectión. En ese tiempo había solo dos procesiones: una, la de Jesús Nazareno que salía el Domingo de Ramos, y la otra, la del Señor Sepultado, el Viernes Santo, ambas muy pobres. El anda del Señor tenía 24 brazos y la de la Virgen 18. Las andas de San Juan y la de María Magdalena eran unas mesas corrientes a las cuales les clavaban dos palos largos que sobresalían en los extremos. A la Magdalena la cargaban solo cuatro muchachos, pues los palos sobresalían lo suficiente para eso. En cambio en la de San Juan, como pesaba más, los palos sobresalían de tal manera que en cada punta cargaban 2 muchachos, es decir, que en cada turno debían de cargar solo ocho, pero regularmente se ponían todos apretujados y paraban cargando tres en cada extremo.

Para iluminar las andas, tanto del Señor como de la Virgen, en la parte de abajo colocaban varias baterías de automóvil o de camión, lo que provocaba que el anda aumentara de peso considerablemente. Naturalmente, como ponían muchos focos, por lo regular, cuando entraba la procesión lo hacía en oscuras porque las baterías ya habían gastado toda la carga.

Como siempre, los turnos para cargar eran de una cuadra. Para cargar al Nazareno se pagaba Q.1.00 por turno de honor (salida o entrada), y Q.0.25 por turno ordinario, pero como los cargadores eran insuficientes para todo el recorrido, uno pagaba un turno y le regalaban otro o dos más. Igual cosa sucedía con la Virgen. Para el Viernes Santo se pagaban Q.2.00 por turno de honor y Q.0.50 por turno ordinario.

Para cargar a la Magdalena o a San Juan no se pagaba nada pues siempre había cargadores, especialmente hombres, quienes para cargar, en cada esquina preparaban el número necesario para el turno siguiente, pero como todos los patojos querían cargar a la vez, era cuestión de empujones, insultos y hasta golpes para lograr un brazo de anda, además de que quienes habían cargado el turno anterior no querían soltar el brazo complicando más las cosas, pues los quitaban a puro empujón. En cambio con las mujeres todo era distinto, había más orden y quien cargaba, tranquilamente entregaba el próximo turno.

Cada año era la misma cosa y entonces el Padre Superior de la Recolectión quiso ponerle remedio y una Semana Santa puso a San Juan y la Magdalena en las mismas andas de la Virgen, pero fue entonces cuando protestaron las mujeres pues pasaban mucho más. Al año siguiente estas imágenes volvieron a sus propias andas, solo que esta vez ya se distribuyeron turnos entre los muchachos para evitar problemas.

El Jueves Santo se hacía el lavatorio de los pies y para ello, al principio llegaban niños vestidos de "apóstoles", pero después llevaban a ciegos del asilo. Era el propio Padre Superior quien lavaba los pies. Los "días grandes", Jueves Santo y Viernes Santo, había mucho recogimiento, ni los carros circulaban en las calles y la gente se dedicaba a visitar los Sagrarios el Jueves en la noche y a asistir al Descendimiento el Viernes a las 3 de la tarde, previo a la salida de la Procesión del Santo Entierro.

Durante la época de la Cuaresma, específicamente el Domingo de Pasión, en todas las iglesias se cubrían las imágenes con lienzos de color morado, incluyendo la cruz alta de los ciriales, con excepción de las imágenes de Jesús Nazareno, Señor Sepultado, de la Virgen, la Magdalena y San Juan. En esta forma permanecían hasta el Domingo de Resurrección, cuando nuevamente eran descubiertos.

Otra cosa que se observaba era que en la misa del Jueves Santo, el maestro de capilla acompañaba los rituales hasta el momento en que el sacerdote leía la Pasión. En ese momento cerraba el armonio y las otras partes de la misa las cantaba sin acompañamiento de música.

El día Sabado de Gloria, se tenía la costumbre de que los mayores "chicoteaban" a los niños para que crecieran.

Años después, por iniciativa del Padre Superior, Fray Miguel A. Murcia, se organizaron las procesiones infantiles, con unas imágenes pequeñas, pero entre ellas había algunas tan pequeñas como el Señor de la Columna que apenas alcanzaba unos 25 centímetros de alto, por lo que el Padre Miguel les decía: "el Señor de la Capita" ó "Señor de la Caidita" Quiero hacer notar que las imágenes de la Virgen, la Magdalena y San Juan, que miden unos 50 centímetros son una obra de arte, esculpidas por el escultor guatemalteco don Huberto Solís Soberanis, el mismo que esculpió la Magdalena de la procesión grande, considerada como una de las esculturas más bellas de Guatemala.

Día de Reyes

Este día, 6 de enero, se celebra con mucha pompa en el Santuario de la Divina Providencia (Guarda Viejo), administrada por los padres salesianos. Es una de las pocas fiestas cantonales que han quedado. En todas las calles aledañas se colocan ventas, diversos juegos mecánicos, etc. En el interior del templo se llevan a cabo varios actos religiosos y el día seis sale una procesión con varias imágenes incluyendo a los Santos Reyes y por último la Virgen de Concepción.

Cuando yo era patojo, el Guarda, como lo decíamos nosotros, era un cruce de caminos que comunicaban a la ciudad capital hacia el Norte; al Occidente con Sacatepéquez, Chimaltenango y el resto de los departamentos al Sur con Amatitlán, Escuintla, etc.; y al oriente con Santa Rosa, Jalapa. Este cruce de caminos estaba precisamente donde ahora se encuentra el Trébol. En el lado poniente había una estación del ferrocarril en lo que ahora es Pamplona, donde todos los días llegaba el tren a las 5 de la tarde.

La calle del Guarda (Avenida Bolívar) y otras calles adyacentes no estaban tan pobladas. Esta calle era de tierra, con partes empedradas, y hasta mucho después la asfaltaron, y la comunicación con el centro de la ciudad se hacía por medio de carruajes, tranvías tirados por mulas o el ferrocarril. Decían "los viejos" que en el tranvía se pagaba primera y segunda. El interior del tranvía era igual todo, hasta los mismos asientos, pero la diferencia radicaba en que al salir de la ciudad en la cuesta que se conoce como de Santa Cecilia, las mulas no aguantaban

a tirar, por lo que el conductor gritaba "los de segunda a empujar" hasta que llegaban al plan, donde los pasajeros de "segunda" volvían a subir. Esta anécdota no me consta, pues era yo muy pequeño, pero "los viejos" lo aseguraban.

Las casas del Guarda eran del tipo de un pueblo, con corredores altos y anchos con pilares de madera en la calle. En uno de estos corredores estaba la Jefatura de policía y el jefe era un señor que yo conocí únicamente como "don Chomo".

La feria se extendía desde el templo por la calle que comunica con la del Guarda (Avenida Bolívar), pasando al otro lado hasta los corredores mencionados, donde instalaban ruletas para que la gente pudiera jugar.

Al final de la calle del Guarda estaba el Restaurante Hillerman. Sus propietarios eran mi tío Alfredo Rouanet y su esposa Cristina Hillerman de Rouanet. El restaurante ocupaba, en primer lugar un gran salón donde había varias mesas con manteles muy blancos. Al salir del salón se encontraba un anexo que era "el Ranchón", o sea, un rancho bastante grande, también con mesas. Después, del Ranchón se extendía un gran terreno que llegaba hasta el llano de La Palangana, hoy conocido como las ruinas de Kaminal Juyú, el cual estaba separado por un pequeño cerco de alambre espigado.

A un lado del restaurante estaba la casa de habitación, también muy espaciosa, con una cocina muy grande y un horno de leña donde hacían el pan que se consumía en la casa y en el restaurante. El lugar era muy concurrido, especialmente los domingos y aun más durante la feria de Reyes.

Algunos domingos veníamos con mi familia a pasar el día aquí, saliendo de la ciudad muy temprano porque el viaje era muy lento por el sistema de transporte que se utilizaba. También, nosotros los patojos, veníamos a pasar las vacaciones escolares y una de nuestras entretenimientos era ver la llegada del tren a la estación a las 5 de la tarde o ir a jugar al llano de La Campana.

Con el tiempo, este restaurante que tenía tanta fama, desapareció, no sé las razones, y el terreno y las instalaciones lo adquirió un médico que instaló aquí una casa de salud. Después también desapareció este sanatorio y todo el terreno se parceló; desaparecieron los corredores de la calles y ahora existen casas de habitación o pequeños negocios.

Día de San Antonio

En nuestro tiempo, al Padre Superior de la Recolectión, Fray Lázaro Lamadrid, no le gustaba que fuéramos a jugar a la plazoleta y como no lo lograba ni aún con la policía, ideó otra forma. Empezó a reunir a las patojas de más o menos de nuestra edad y algunas señoritas un poco mayores y organizó la "Juventud Antoniana", tomando como Santo Patrón a San Antonio de Padua. Esta asociación además de tener controladas a las patojas, tendría entre sus objetivos recaudar fondos para la celebración del 13 de junio, Día de San Antonio.

Hacia el Poniente del complejo de la iglesia, donde ahora se encuentra el Liceo San Antonio, había un salón un poco grande que el Padre lo convirtió en teatro poniéndole como nombre "Fray Pedro Cárdenas". Una de las primeras actividades de la Juventud Antoniana fue presentar una obra de teatro llamada "Fabiola" con la participación solo de mujeres, obra bastante complicada para la edad de las muchachas, por lo que nos pidieron que fuéramos a ayudar y en esa forma el Padre logró también que los hombres formáramos parte de la asociación. Desde entonces el Padre Lamadrid y nosotros fuimos grandes amigos y durante algún tiempo estuvimos presentando algunas pequeñas comedias donde participábamos los hombres, y como a la gente le gustaba, siempre se llenaba el teatro.

El dinero recaudado lo manejaba la Directiva de la Asociación y el 13 de junio hacíamos una gran celebración. Había misas a las 6, 7, y 8 de la mañana, que era la principal; esta misa se anunciaba con repiques de campana, bombas voladoras y cohetes de varita. La misa era amenizada con una pequeña orquesta y al final todos los Antonianos cantábamos el Himno a San Antonio. En la tarde había rezo con exposición del Santísimo y misa. Como la gente ya sabía de esta fiesta, en el atrio ponían ventas de dulces, panes, etc.

Con el tiempo se retiró el Padre Lamadrid y como nosotros íbamos creciendo y dedicándonos a otros trabajos, también nos fuimos retirando. Por algún tiempo la Juventud Antoniana siguió funcionando pero sus miembros ya no eran todos jóvenes, sino casi solo señoras de mayor edad, hasta que desapareció.

Celebraciones Religiosas

Aparte de las fiestas religiosas en que tomaba parte toda la gente sin distinción, había otras celebraciones de tipo familiar en las cuales participaban los organizadores, que por lo regular era una familia, con la asistencia de los amigos más allegados a esta familia y algunos invitados especiales.

Los "Acabos" de Novena

En estas fiestas sobresalían los "acabos de novena". Desde la época de la Navidad en el mes de diciembre y en los meses de enero y febrero algunas familias acostumbra a rezar la Novena del Niño Dios, la cual terminaban en diferentes fechas, incluso algunos lo hacían el 2 de febrero, Día de Candelaria. Esta Novena que, aunque la rezaban los adultos, quienes más la gozaban eran los niños, pues eran los encargados, como sucedía en casa de mis suegros, donde todos los días nosotros los patojos tocábamos los chinchines, las tortugas, los pitos de barro y los pitos de agua. Lo que menos nos interesaba era el rezo pues solo se trataba de hacer bulla.

Durante los primeros días la novena se rezaba más en forma privada, es decir, la familia y los patojos amigos. El noveno día, o sea el acabo de la Novena, contrataban músicos para amenizar el rezo. Generalmente contrataban un trío: armonio, violín, y violoncello, aunque en otras oportunidades agregaban una "cantora" o una flauta. Este día, durante el rezo del Rosario, entre misterio y misterio, los músicos tocaban un son como El Sanjuanero, Noche Buena, El Pavo Real, Fin de Siglo, Pitos y Tortugas y otros. Al terminar el Misterio, el armonista (el que tocaba el armonio) que también cantaba o la "cantora", cantaban una pieza religiosa como la que decía:

*Del mar al cielo
se alza la nube,
y hasta Dios sube
nuestra oración;
hasta Dios sube
nuestra oración".*

Esta estrofa era repetida por quienes rezaban y continuaba el rezo. Las últimas tres Ave Marías, así como la letanía de la Virgen eran cantadas, respondiendo también los rezadores. Al terminar las últimas oraciones se cantaba un villancico, especialmente el "Venid Pastorcillos" y un son final. Seguidamente, los dueños de la casa ofrecían a los asistentes tamales con pan francés y una taza de ponche que es una bebida caliente preparada con frutas como piña, ciruelas, pasas, y condimentado con canela, pimienta gorda y clavo de olor. Este ponche lo ofrecen todavía con "piquete" o sin "piquete" o sea con un poco de aguardiente o sin él. En algunas casas ofrecen antes del tamal un trago de licor.

La celebración al final del rezo, variaba de acuerdo con las posibilidades económicas de la familia, pues en algunas partes ofrecían solo la comida y en

otras se convertía en una fiesta formal con marimba para bailar, comida y licor en abundancia. Había casas donde los dueños cerraban con llave la puerta de la calle y la llave la echaban en la pila en señal de que nadie podía salir sino hasta que amanecía. Hubo una época en la capital en que era peligroso caminar de noche en las calles porque había maleantes (más o menos como son ahora las "maras") que atacaban a los transeúntes y los desnudaban para robarles la ropa, por lo que eran conocidos como "los desnudadores", razón por la cual los dueños de las fiestas impedían la salida de los invitados y, por consiguiente, de los músicos, para evitarles esos problemas.

Por varios años yo toqué esos acabos de novena contratado por armonistas (que tocaban armonio de pedales) como Celso Lara, Rafael Valle, Isidro (don Chilo) Arana y Martín Mejicanos; con violinistas como Guillermo González, Carlos Vides, Gabriel Castellanos, Carlos María Castellanos y otros; como flautista llegaba generalmente Héctor Dávila quien murió muy joven. No recuerdo el nombre de la señora que llegaba como "cantora".

En algunas casas donde los dueños eran de buena posición económica, acostumbraban lo que llamaban "el robo del Niño", que consistía en que un grupo de personas se ponía de acuerdo para robar (simbólicamente) el Niño Dios expuesto en el Nacimiento, el cual era devuelto varios días después, es decir, era un pretexto para hacer una nueva fiesta organizada por quienes lo habían robado, con la diferencia de que esta vez lo hacían de acuerdo con el dueño de la casa propietario del Niño.

En estos acabos de novena a los músicos se les atendía muy bien y les pagaban entre 3 y 5 quetzales, según las posibilidades de los dueños. En algunas oportunidades a los músicos les daban 2 ó 3 tamales envueltos en papel periódico para llevar a sus casas. En la actualidad estos acabos de novena casi no se ven; ahora solo terminan de rezar, obsequian a los asistentes con ponche y tamales, pero ya no se celebran con música.

Las Misas

Otra forma que tenían los músicos para agenciarse de fondos era tocando misas, lo cual se hacía de diferentes formas:

I. Cuando era misa de difuntos, la iglesia se adornaba con cortinas negras, el sacerdote se ponía ornamentos negros y en el momento del alzar, había dobles de campanas. Frente al altar mayor se ponía un catafalco con cuatro candelas, donde el sacerdote rezaba o cantaba el responso, incensariando y regando el catafalco con agua bendita.

Las misas y los responsos eran cantados en latín sobresaliendo entonces cantantes con mucha experiencia como Julio Rouanet, Julio Bobadilla, Humberto Oliva, José Luis y Salvador Contreras Izzepi, acompañados por un grupo de músicos, entre otros, organistas como Cornelio Mejicanos, Adrián Orantes, Alfonso Ortega, Elías Blas. Asimismo, violinistas como Andrés Archila, Ramón Molina, Enrique Raudales, Carlos Ciudad Real, Simeón Archila, Alberto Pinillos y otros. Violistas como Humberto Ayestas, Edgar Milton Cabnal, Carlos María Castellanos. Violoncellistas como Antonio Granados, Víctor Rodríguez, Huberto Solís, Eduardo Ortiz Lara, Juan José Archila, Alfonso Alvarado; yo también tomé parte de los cellistas de esas misas. Contrabajistas como Luis Rodríguez Rouanet, José Mendoza, Vitalino Coronado, Mario González; y como flautistas Héctor Dávila y German Arturo Paniagua.

II. Habían otras misas de difuntos, las cuales solo eran amenizadas con música apropiada, sin faltar el Agnus Dei de Bizet.

III. Las misas de matrimonio solo eran amenizadas, incluyendo un Ave María, ya fuera la de Gounod o la de Schubert, aunque también cantaban la de Mercadante así como algunas otras piezas como Los Tres Amores que "los Julios" (Rouanet y Bobadilla) interpretaban muy bien. En ese tiempo la ceremonia del matrimonio se efectuaba a la entrada de la iglesia, detrás del cancel, que era donde el papá hacía la entrega de la novia. Al terminar la ceremonia del matrimonio, los recién casados, presididos del sacerdote y seguidos por los familiares, se dirigían al altar mayor, al compás de la marcha nupcial de Mendelsohn o la de Wagner, para oír la misa. Al terminar ésta, los recién casados y familiares se dirigían a la puerta de la iglesia, siempre al compás de la marcha nupcial, para despedir a los invitados. Esta parte todavía se acostumbra.

Yo toqué en varias iglesias, pero especialmente lo hacía en San Sebastián que, aparte del Sagrario en la Catedral, era la única parroquia de la zona, por lo que siempre había mucho trabajo, pues además de ser más barato, cuando alguna pareja quería casarse en otra iglesia, tenía que pedir permiso en la parroquia correspondiente y pagar un pequeño impuesto. Por ejemplo, cuando me casé, la ceremonia se efectuó en la antigua iglesia del Hospicio Nacional (4ª avenida entre 14 y 15 calles), destruida por el terremoto de 1976, pero para ello tuve que pagar el permiso en San Sebastián que era nuestra parroquia, luego en El Calvario que era la parroquia del Hospicio y por último en el propio Hospicio. Además, aunque los casados llevaran su propia música, obligadamente había que pagar los derechos del maestro de capilla, aunque él no tocara.

En San Sebastián hubo domingos que yo tocaba misas de 7,8,9,10,11,12 y 13 horas, y los honorarios que nos pagaban eran, por misas de 7 a 9, nos pagaban Q.2.00 cada una, y de 10 en adelante Q.3.00, por lo que hubo oportunidades que

yo ganara hasta 18 quetzales, lo cual consideraba yo como un buen día, pero a la misa final ya no podía tocar bien por el dolor de los dedos.

En ese tiempo no existían misas en la tarde, salvo cuando había un matrimonio en que se solicitaba un permiso especial. Otra cosa, en ese tiempo en las misas no permitían que cantaran mujeres como solistas. Todo eso ha cambiado totalmente, incluso la ceremonia de matrimonio se lleva a cabo frente al altar mayor que es donde el padre entrega a la hija.

IV. En la misma forma, las misas de primera comunión o de 15 años, la música era apropiada, incluyendo siempre una Ave María y el Panis Angelicus.

La Fiesta de los Músicos

Esta fiesta se viene celebrando en Guatemala desde el año 1913, según consta en una lápida colocada por la Sociedad Musical en la iglesia de La Merced en conmemoración del Primer Centenario de la fundación de la fiesta de los músicos y dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, a quien declararon Santo Patrono del gremio musical. Dicha lápida dice:

Gloria, Adoración y Amor al Sacratísimo Corazón de Jesús

La Junta Directiva de la Sociedad Musical de Guatemala, erigen este monumento como recuerdo del Primer Centenario de la fundación de la Festividad que el Gremio Filarmónico dedica al Sacratísimo Corazón de Jesús; y en virtud del acuerdo del 2 de febrero del corriente año en que se declaran beneméritos del arte y benefactores del gremio en nuestra patria a los maestros.

| | |
|------------------|---------------------|
| Eulalio Samayoa | J. León Zerón |
| Benedicto Sáenz | Escolástico Andrino |
| Víctor Morales | Máximo Andrino |
| Cleto Arteaga | Víctor Andrino |
| Daniel Quinteros | Indalecio Castro |
| Salvador Peralta | Alfredo Méndez |
| Lucas Panigua | Juan Aberle |

Víctor Peralta

Se consignan sus nombres en esta lápida.

Guatemala 13 de julio de 1913.

| | |
|---------------|-----------------|
| Máximo Castro | Antonio S. Coll |
| Presidente | Secretario |

A raíz de esta primera fiesta se creó la "Asociación Filarmónica Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús", nombre con que se reconoció durante muchos años, hasta que cambió por el de Asociación Filarmónica, que es como se conoce actualmente, pero manteniendo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús.

La fiesta consiste en la celebración de dos misas: una el día domingo que es una misa de Gloria donde pueden llegar a tocar todos los músicos de Guatemala, agremiados o no; y el día lunes una misa de Réquien por los músicos muertos.

Para eso hacen los arreglos necesarios con una iglesia determinada. Antes, el día domingo se ponían cortinajes blancos y el altar mayor se decoraba con ángeles en actitud de tocar diversos instrumentos, con abundancia de flores y luces, y el sacerdote oficiaba con ornamentos blancos, quien, después del Evangelio decía un sermón alusivo a la fecha, a la música y a los músicos en general.

Al día siguiente se oficiaba la misa de réquiem, a la cual también asistían quienes quisieran tocar, aunque por lo regular llegaban menos que el día anterior, especialmente por razones de trabajo. La iglesia se decoraba con cortinajes negros, así como los ornamentos del sacerdote.

Esta tradición de fiesta de los músicos todavía se mantiene, aunque en los últimos años ya no se canta la misa completa, sino más bien es amenizada, principiando con una obertura, y durante la misa se van interpretando unas piezas, incluyendo participación del coro y solistas cantantes o instrumentistas. Al terminar la misa es tradición cantar el Himno al Sagrado Corazón, Letra y música de don Pedro de J. Panigua. Desde que me acuerdo lo dirigió Don Emilio Arturo Paniagua y cuando él murió lo sustituyó su sobrino Armando Paniagua, violinista de la sinfónica. Cuando Armando falleció, lo sustituyó su primo José Santos Paniagua, también violinista de la sinfónica, quien todavía lo hace para esta fiesta.

Entre los músicos de aquella época, grandes músicos, se contaba con cantantes como el Dr. Carlos Enrique Andreu, don Emilio Arturo Paniagua, Humberto Olivia, don Manuel Herrera, Julio Rouanet, Julio Bobadilla, José Luis y Salvador Contreras Izzepi, Roberto Valle y otros más. Entre los músicos de orquesta estaban don Agustín Donis, don Julio Pérez; don Manuel Medina, Andrés Archila, Emilio Diemecke, Antonio Granados, Víctor Rodríguez, Miguel Zaltrón, Alfredo Pinillos, Ramón Molina, Humberto Lobos, Ignacio Vidal, Efraín Flores, Máximo Castro, Vitalino Coronado, Luis Rodríguez Rouanet, José de Jesús Mendoza, Gabriel Castellanos, Arnulfo Ortega, German Arturo Paniagua, Pedro Pineda, Manuel Almorza, Huberto Solís, Manuel Solís, en fin, muchos más que escapan a mi memoria.

Cuando yo era patojo, siendo mi papá tesorero de la Asociación, la fiesta se celebraba en la iglesia de La Merced, aunque en otros años se efectuaba en Santo Domingo, Santa Catalina y San Sebastián. Desde hace algunos años se viene celebrando en la iglesia de La Recolectión, solo que ahora con la participación más directa de los miembros de la sinfónica nacional, con cuantos músicos quieran participar.

Fiestas Nacionales

15 de septiembre y 30 de junio

Las fiestas nacionales más importantes en aquel tiempo, y aún ahora, son el 15 de septiembre, aniversario de la independencia, y el 30 de junio, Día del Ejército. En ambas siempre se contaba con la participación de escuelas, colegios y el ejército.

Ya en otros apuntes de estas memorias hago referencia a estas fiestas, pero solo en lo que se refiere a los desfiles y concentraciones para desarrollar actos oficiales. Ahora narraré un poco de las diversiones que se ofrecían al pueblo. El día 14 de septiembre por la tarde, en el parque central, en la 6a. avenida, viendo hacia la Catedral, colocaban (y en la actualidad todavía las colocan) 4 piezas de artillería calibre 75 milímetros. Desde muy temprano la gente se reunía para observar la izada del pabellón a las 6 en punto de la tarde, y un *Te Deum* en la Catedral ofrecido por el Arzobispo Metropolitano, concelebrado con obispos y demás miembros del clero. A este *Te Deum* asisten altos jefes del gobierno, cuerpo diplomático y pueblo en general. Después se ofrecían conciertos de marimba y más noche la quema de fuegos artificiales, y a media noche la lectura del Acta de Independencia.

El día 15 a las 6 de mañana, se hacían los honores a la bandera, después el desfile y en la tarde, música y juegos pirotécnicos. A las 6 de la tarde la arriada de la bandera, esta vez con la asistencia de algunos institutos y colegios.

El 30 de junio, se celebra en forma similar, con honores a la bandera, desfiles y otros actos oficiales.

Donde actualmente está localizado el Palacio Nacional había un gran predio donde en un tiempo estuvo la Dirección General de la Policía Nacional, siendo su Director el General Roderico Anzueto; además habían unas oficinas pequeñas donde funcionaba el "tren de aseo", que hoy se conoce como Servicio Municipal de limpieza.

Este predio, sobre la 6ª. avenida, entre 5ª. y 6ª. calles tenía un declive muy pronunciado, de tal manera que a la altura de la 5ª. Calle y de la 7ª. avenida había una grada como de un pie de alto, pero en la esquina de la 6ª. Avenida y 6ª. Calle la grada alcanzaba una altura como de un metro y medio. En este predio quemaban los juegos pirotécnicos, especialmente bombas voladoras de luces, además de castillos, y en la calle quemaban toritos. En ese predio también ponían el "**Palo ensebado**" y soltaban entre la gente unos coches (cerdos) ensebados. Estos juegos consistían, el primero, en tratar de subir abrazado el palo para alcanzar el premio que estaba en la punta del poste; y el segundo, los cerdos corrían entre la gente. Pero como estaban bien ensebados y hasta teñidos de varios colores, a la gente le costaba agarrarlos a pesar de que se agenciaban de costales o mantas grandes, no solo para proteger su traje, sino para evitar que el cerdo resbalara. Cuando alguien lograba hacerlo le quedaba en propiedad.

En el mismo predio, sobre la 6a. calle, ponían un "**telón**" o pantalla grande de manta donde, desde la 6a. avenida proyectaban películas mudas, pero como este "telón" estaba a la mitad del terreno, la película se podía ver por delante y por detrás, solo que aquí era al revés, al extremo que uno de los anuncios más populares era de las bombillas "**Osram**" que los que estaban atrás leían **Marso**. Como los rollós de película eran un poco cortos, a cada poco tiempo se interrumpían para dar paso a los anuncios y el último era precisamente el de "**Osram**", para continuar el desarrollo de la película.

En 1935 se celebró el centenario del nacimiento del General Justo Rufino Barrios, por lo que la celebración fue más fastuosa. Hubo más juegos, más música, más fuegos artificiales y en todos los centros educativos se llevaban a cabo actos especiales donde uno de los puntos más importantes era cantar el Himno a Barrios, el cual transcribo en anexo No. 1.

A la caída del régimen liberal en 1944, ya no se volvió a cantar este himno, sino hasta en 1971 en que se celebró el centenario de la Revolución de 1871 y en 1985 cuando se conmemoró el sesquicentenario del nacimiento de Barrios.

En 1935, a la vez que todo era alegría, sucedió algo trágico. Para ver la quema de las bombas, la gente se recostaba en la grada que rodeaba el predio, sobresaliendo en la parte más alta la cabeza y parte de los hombros. Las bombas se quemaban ininterrumpidamente y uno de los morteros se calentó de tal manera que cuando el encargado metió la bomba, ésta estalló en el fondo destruyendo (reventando) el tubo-mortero, lanzando esquirlas por todos lados, incluso sobre la gente que estaba observando. Solo recuerdo que el encargado quedó gravemente herido, así como muchos de los espectadores. No recuerdo si hubo muertos o solo heridos.

A pesar de lo fuerte del estallido, fueron pocos los que se dieron cuenta del drama, por lo que la fiesta siguió y los heridos fueron llevados al hospital por las ambulancias de la Cruz Roja y del Hospital Militar.

Fiesta del 15 de agosto

Esta feria se lleva a cabo en honor a la Virgen de la Asunción, Patrona de la ciudad, cuyo templo se localiza en la 7a. avenida entre 5a. y 6a. calles de la zona 2. A pesar de que era una celebración exclusiva de la ciudad, era considerada como feria nacional, pues a ella acudían compradores y vendedores de los departamentos.

Las ventas y algunas diversiones como loterías, juegos de mesa, comedores, etc., comenzaban desde el parque Morazán en la avenida Simeón Cañas, y sobre la 7ª. avenida desde el templo hasta el hipódromo del norte.

En aquel tiempo, cuando éramos patojos, la Avenida Simeón Cañas y lugares aledaños estaban bastante despoblados. En el hipódromo habían carreras de caballos. A la entrada de la pista habían varios salones de baile y restaurantes como La Mariposa y La Selecta, donde la gente iba a cenar, beber cerveza y bailar.

En los terrenos que rodeaban la pista se instalaban los juegos mecánicos: ruedas de Chicago, ruedas de caballitos, chicotazo, loterías, comedores, venta de atol de elote y de arroz con leche, tamalitos, elotes cocidos, dulce, tiro al blanco, etc. Además había otros salones pequeños de baile como "La Flor de Chinique" y "La Sampedrana", donde iba la gente del pueblo. El mercado de animales se instalaba en el Llano del Cuadro.

El presidente Ubico introdujo una innovación: La creación del pueblo indígena, instalándose en el fondo, donde hay un bosquecito. En este lugar se habían construido unos ranchos de paredes de caña (algunos de adobe) y techo de palma, donde instalaban familias indígenas que traían de diferentes pueblos. Esta gente pasaba muchas penas, pues no tenía servicio de agua ni sanitarios. La gente pagaba 25 centavos para ver de cerca a los indígenas, pues eran exhibidos como algo raro, puesto que venían con sus trajes típicos. Ellos, por su parte, trataban de vender sus pocas artesanías, pero, como muy poca gente las apreciaba, sus ventas eran escasas.

Nosotros, los patojos, íbamos a pasear, pero para poder entrar al pueblo indígena nos íbamos por el barranco, escurriéndonos por un cerco de alambre espigado que circulaba el lugar.

Entre los juegos mecánicos había una rueda de caballitos grande que era movida por un motor de gasolina. Este motor estaba fuera del carrusel, con un tubo de escape muy largo que terminaba en una escuadra hacia arriba. En cierta oportunidad pasamos con un amigo por allí y nos llamó la atención el escape. Por travesura metimos un olote en el tubo y el olote voló varios metros. El juego nos gustó y metíamos uno y otro y otro. De repente un olote fue lanzado tan lejos que cayó en una olla de atol de elote. Al darnos cuenta salimos huyendo perseguidos por la dueña y el esposo, hasta que nos perdimos entre toda la gente. Después tratábamos de pasar lejos de este lugar por miedo a que nos reconocieran, hasta que nos dimos cuenta de que no éramos los únicos, pues otros patojos también hacían lo mismo poniendo olotes, hasta que pusieron un policía a cuidar.

10 de noviembre

Esa fiesta no estaba catalogada como fiesta oficial, pero como se celebraba el cumpleaños del Señor Presidente, casi la habían transformado como tal, pues había asueto en oficinas y escuelas. Como al principio no existía el Palacio Nacional, todos los actos se llevaban a cabo en la Casa Presidencial (6ª. avenida entre 4ª. y 5ª. calles). Desde muy temprano se veían a diplomáticos, altos jefes militares, diputados, dirigentes del partido oficial el Liberal Progresista y pueblo en general haciendo cola para entrar a saludarlo, o sea, lo que la gente llamaba "el besamanos". Esta cola salía de la Casa Presidencial, seguía la 6ª. avenida, 5ª. calle hasta donde está la iglesia Evangélica Central. También venían delegaciones departamentales, tanto Jefes Políticos (hoy Gobernadores) como intendentes (hoy alcaldes municipales), maestros (la mayoría obligados), cofradías indígenas, jerarcas del clero, en fin, era un desfile de gente que pasaba por obligación o por el deseo de tener el honor de saludar al Señor Presidente.

La cuadra de la Casa Presidencia se cerraba al tráfico para poner sillas plegadizas de metal viendo hacia dicha Casa, dejando un espacio donde se colocaban marimbas y otros grupos tocando constantemente; especialmente tocaban una marcha llamada "El Número 5", llamada así porque era el número de letras del nombre y apellido del Presidente.

Al mismo tiempo adornaban con hoja de pino, cortinas, banderitas y luces. En la noche le tocaba el turno a la Orquesta Liberal Progresista. Mi hermano mayor era contrabajista de la orquesta, entonces yo tenía la obligación de llevar el instrumento (el contrabajo ó violón) a este lugar y esperar a que terminara el concierto para regresarlo a la casa. En la orquesta ya tocaban músicos de edad avanzada y como lo hacían a la intemperie y por el fuerte frío propio del mes de noviembre, aunque tocaran con abrigo y sombrero, al día siguiente muchos de ellos amanecían enfermos.

A propósito de esa orquesta, por los años 39-40 ya había adquirido un gran prestigio nacional e internacional, siendo dirigida por el Maestro Gastón Pellegrini. Posteriormente, en la época Revolucionaria fue convertida en Orquesta Sinfónica Nacional, la cual mantuvo ese prestigio, reconocido por directores y solistas extranjeros que visitaron Guatemala, así como por los conciertos que ofreció en la vecina República de El Salvador y su participación en los festivales de la ciudad de Cartagena de Indias, patrocinado por el Gobierno de Colombia.

Feria de Noviembre

Conforme pasaban los años, los terrenos que hoy ocupa la Dirección General de Caminos y el Instituto Adolfo V. Hall, se iban acondicionando. Se construyó una montaña rusa y se trajeron juegos mecánicos nuevos, se construyó la plaza de toros, y el Hipódromo del Sur, en cuya entrada estaba el Salón de la Derecha y el Salón de la izquierda donde se llevaban a cabo las recepciones.

Esta feria se inauguró un 10 de noviembre en homenaje al "Señor Presidente", dejando la del 15 del agosto únicamente como feria de la ciudad de Guatemala.

Esta feria se hacía en grande, venían delegaciones de Centro América y otros países. Siempre se organizaba el pueblo indígena, pero una vez al Presidente se le ocurrió traer a unos indígenas lacandones que nunca habían salido de su comunidad, para exhibirlos. Esta gente (eran como 6) tenían como traje unos sacos o camisones de manta, descalzos, con el pelo que les llegaba hasta la cintura y muy asustados. Ubico, en un afán de diversión, los subió a la montaña rusa, y cuando bajaron estaban más asustados y casi no salían del rancho que les habían asignado. Fue para ellos algo muy impresionante y, aunque a algunos no les gustó esta actitud del Presidente, no podían protestar por temor; en cambio sus allegados se lo celebraron divirtiéndose a costillas de los lacandones.

Nosotros los muchachos, para poder ir a la feria teníamos que conseguir 10 centavos para el bus y 50 para comprar un litro de cerveza. Con este litro nos manteníamos el tiempo que quisiéramos y hasta bailar. En cierta oportunidad fuimos una noche. En una mesa vecina estaban unas amigas y todos íbamos a bailar con ellas pero sin dejar nuestra mesa. Cuando me tocó el turno de bailar, la amiga me estuvo diciendo que pronto se irían para el "centro" (a su casa), cuando de repente bailando conmigo me dijo "ya no me voy, ya vino, mejor sentémonos". Yo no sabía de qué se trataba, pero me senté a la mesa con ella y empezó a buscar a un mesero para que llevara otro litro de cerveza. Yo, por algún tiempo me hice el disimulado, pero ella, al fin, llamó a uno y le pidió cerveza. Yo pensé que el mesero dejaría la cerveza y regresaría después por el dinero; pero no fue así, me

acercaba el tiquet y me insistía en el pago, pero yo no tenía dinero. Al fin, ella sacó los 50 centavos y me los dio, yo se los di al mesero y diciendo "con permiso" me levanté. Mis amigos no paraban de reírse porque se dieron cuenta de mi problema.. Yo enojado y evergonzado me levanté y me regresé a mi casa.

Día del Arbol

Otra fiesta que se celebraba a nivel nacional era (creo que todavía) el Día del Arbol el último domingo de mayo.

En aquella época se hacían unos actos conmemorativos en el parque Morazán donde estaba la ceiba, la cual, con el tiempo fue derribada porque se había podrido totalmente. Como parte de la celebración, los escolares sembraban árboles, especialmente en el parque Naciones Unidas y en la Avenida de la Reforma.

En ese entonces se cantaba el Himno al Arbol, cuya letra es del escritor Carlos Rodríguez Cerna y la música de don Fabián Rodríguez. Para hacer este himno se convocó a un concurso y éste sacó el premio único en octubre de 1925. Este himno lo transcribo como anexo No. 2.

20 de Octubre

En la parte correspondiente a los Centros Nocturnos hago una breve descripción de cómo, cuando se estaba celebrando la inauguración del Club Casablanca el 19 de octubre, a las dos de la mañana nos sorprendió la iniciación de la Revolución del 20 de octubre de 1944 con disparos de cañón, fusiles y ametralladoras, así como la confusión que causó entre los asistentes y empleados del Club.

A partir de entonces, durante aproximadamente 10 años, el llamado Gobierno de la Revolución, celebró esta efemérides con desfiles, concentraciones en varios lugares de la capital e interior de la República, así como recepciones en el Palacio Nacional.

Siendo Presidente el Coronel Jacobo Arbenz Guzmán, mi hermano Luis organizó un pequeño conjunto musical, solo cuerdas, compuesto por cuatro violines primeros, dos violines segundos, dos violoncellos (uno de ellos era yo), un contrabajo y un piano. En el Salón de Recepciones del Palacio se llevaba a cabo una recepción, a la cual asistían todos los empleados del Gobierno, incluyendo a Ministros, Viceministros, diputados a la Asamblea Legislativa, miembros del cuerpo diplomático y consular. Los dos primeros niveles se llenaban de gente; había bebidas y comidas

(bocas). Así como música de marimba en varios corredores. En el segundo nivel, donde está el Salón de Recepciones, se llevaban a cabo los actos oficiales. Los invitados saludaban al Presidente y su señora y después todos se dedicaban a bailar, beber y comer.

En lo alto del Salón, o sea en el tercer nivel, había dos balcones sobre el Salón, uno en cada extremo. En el que está situado al poniente se colocaba la "Orquesta de Tánchez", que tenía solo instrumentos de viento (trompetas, saxofones, etc.). Esta orquesta tocaba solo música de baile un poco movida. En el otro balcón, el del lado Oriente, estaba nuestra orquesta y cuando entraba el Presidente con su señora, a nosotros nos correspondía tocar la "Granadera" y luego tocábamos música de baile pero suave.

Este tipo de celebración terminó cuando aparecieron los problemas de la entrada de Castillo Armas. Fue entonces que el Gobierno en un afán de organizar al pueblo para defenderse de la Liberación, principió por formar lo que llamó "Brigadas". Yo estaba trabajando en el Instituto Indigenista Nacional y, como dependencia del Ministerio de Educación Pública, también nos incluyeron en una brigada y nos reunían en las oficinas de la Dirección de Educación Fundamental. A diferentes horas de la noche o de la madrugada pasaban recogiendo a los empleados en los vehículos de esa Dirección y nos llevaban a pasar el resto de la noche en los corredores. Para entonces solo había un avión de la liberación que volaba de noche sobre la capital. Hacía dos o tres pasadas sobre el Palacio, donde solo en una oportunidad le dispararon con ametralladora antiaérea, sin tocarlo. Para la defensa de la "brigada" solo había un fusil que estaba recostado en la pared detrás del escritorio del Director. Al día siguiente nos dejaban salir como a las 7 de la mañana y a las 8 debíamos presentarnos a nuestro empleo.

Todo esto terminó cuando empezaron a venir los aviones mustang, que ametrallaban los fuertes de San José, Matamoros y la Guardia de Honor. Los cuales la población los bautizó con el nombre de "sulfatos". Les decían así, porque decían que cuando los venían venir a todos les daba diarrea.

Es posible que muchas cosas se me hayan pasado por alto en estos apuntes, pues la memoria no puede ser tan fiel y personas que pudieron ayudarme a recordar, como mis hermanos y algunos amigos, ya no están. Por esa razón, he tratado de hacer una breve narración de lo que logré recordar, siempre contando con el apoyo de algunas personas, amigos y parientes, que me ayudaron a ordenar algunos sucesos acaecidos durante esos años, para quienes expreso mis agradecimientos.

Con lo aquí expuesto, quien lo lea puede formarse una idea general de cómo era la situación en Guatemala en determinados aspectos, sin pretender llevármelas de historiador.

Sin embargo, creo que las personas de cierta edad que todavía viven y vivieron las características propias de la época, podrán rememorar casos similares en que ellas fueron protagonistas o pudieron observar muy de cerca; y los jóvenes de las últimas generaciones que solo lo han oído en forma fragmentada, también podrán imaginarse lo sucedido.

Espero, pues, que estos apuntes trasladen a la gente lo sucedido y las condiciones de la vida de Guatemala en aquella época.

HIMNO A BARRIOS

Coro

Ciudadanos la Patria es ya libre
e iza airosa su hermoso pendón;
¡Gloria a Barrios! el Jefe Unionista
que en Chalchuapa valiente murió.
Y hoy henchidos de júbilo intenso
Bendigamos su nombre querido
con respeto, cariño y amor.

Coro

I

Tuyas son digno prócer, las obras
Que nos llenan de orgullo y grandeza;
Con lealtad, patriotismo y firmeza
Promoviste el progreso doquier.
Y las artes, la industria y la ciencia
Preocuparon tu genio fecundo;
Y abnegado, sin tregua un segundo
fuiste grande en tu inmenso poder.

Coro

II

El primero en la paz y en la guerra
Te alzas noble ¡Sublime Caudillo!
Circundado de gloria y de brillo
Difundiste en la escuela, en la escuela, la luz.
Con razón Guatemala te adora;
"Mi buen padre" te dice y te llama,
y amorosa de llora y te aclama
la entusiasta y viril juventud.

Coro

III

¡Oh, gran Barrios! el treinta de junio
coronó de laureles tu frente,
y nos trajo feliz de Occidente,
santo emblema de bien y de paz;
sea siempre, por siempre bendita
esta fecha inmortal en la Historia,
y hoy la Patria, a tu excelsa memoria
te levanta magnífico altar

Letra: Lucas T. Cojulún
Música: Angel E. Lopéz

HIMNO AL ARBOL

Coro

Loa al árbol, señor de la estrofa
Porque él tiene designos de Dios
Aproxima el oído, en cada hoja
Se presente un profundo rumor.

Duo

Loa al árbol, mujer que es ensueño,
En el fruto está el germen creador.
Algo añora su tronco de leño
De aquel bíblico amor redentor

Arrodilla ante el árbol al niño,
Porque él es la mejor oración...
Es su savia una savia de siglos
Con que asciende la tierra hasta Dios.

Coro

Loa al árbol: ¡poeta es tu sino!
Junto al niño ¿no ves el laurel?
Y ahí está tu secreto, el del trino
Y la flor junto al nido da miel

Duo

Loa al árbol, varón: él da sombra
Sobre el surco en que tú vas a arar:
El hará tu fatiga bien poca,
Cuando busques y anheles la paz.
Loa al árbol, varón que se aferra
En ser fuerte y fecundo a la vez:
El nos da la lección de la tierra:
Todo fruto es un signo de fe.



Letra: Carlos Rodríguez Cerna
Música: Fabián Rodríguez.